

El ocaso del salitre: navidad en Copiapó y Vallenar. Chile, 1931

Autor:
Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica.

Revista:
Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana

1999, N°19, 81-114



Artículo

EL OCASO DEL SALITRE: NAVIDAD EN COPIAPÓ Y VALLENAR. CHILE, 1931

VERÓNICA VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE*

La noche del 24 de diciembre de 1931 las ciudades de Copiapó y Vallenar vivieron una Navidad distinta, que con el correr de los días se transformaría en trágica. Aquella noche, un grupo de trabajadores, tildados de comunistas, asaltó el cuartel de un batallón en Copiapó con el propósito de buscar armas y prepararse para la revolución que estallaría en todo el país esa noche. A pesar de que el conato se frustró, los hechos continuaron 200 km más al sur, en Vallenar, donde a partir del día siguiente un número indeterminado de trabajadores fue asesinado por los carabineros y los guardias cívicos de la localidad, cumpliendo las órdenes dadas por la autoridad regional. Este suceso se ha conocido como la Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar.

Desde el fin de la Primera Guerra Mundial, el orden oligárquico-parlamentario estructurado en torno de la riqueza salitrera comenzó a resquebrajarse ante la imposibilidad de seguir manteniendo el equilibrio social logrado. La crisis del salitre determinó la crisis de las formas oligárquicas de dominación. A partir de 1918 lo característico fue la fluctuación permanente de los índices económicos, la inestabilidad del empleo, la movilidad de los trabajadores, su radicalización política y el abandono por las fuerzas armadas de la obediencia al mando civil y de la no deliberación. Este proceso abrió un debate nacional acerca de la urgencia de introducir reformas al sistema de dominación que implicaban el replanteamiento del modelo de economía abierta, del papel del Estado y de la incorporación de las demandas sociales de los trabajadores. Tal debate derivó en una pugna cívico-militar encarnada en Arturo Alessandri y el general Carlos Ibáñez. Ella fue resuelta a favor del segundo, quien, con el respaldo de los militares, dio vida a un Estado benefactor que asumió la justicia social como su responsabilidad. Con todo, tales cambios no suscitaban consenso en la sociedad, haciendo de la fuerza un elemento clave en su implementación. La Depresión de 1930 echó por tierra este experimento y devolvió el poder a la antigua oligarquía, reforzada con clases medias y altas de tendencias nacionalista-autorita-

* Universidad de Santiago de Chile.

rias. La caída del régimen militar, en julio de 1931, reflató el debate acerca de las transformaciones hechas, en medio de los efectos dramáticos de la Depresión.

La Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar se inserta, por tanto, en un año clave del proceso de transición que el país había estado viviendo desde 1920. En 1931 las elites intentarían retomar el control de la sociedad, dudando del rol benefactor del Estado, mientras los trabajadores sumidos en la cesantía y el hambre exigirían su consolidación o su reemplazo por un orden más igualitario.

En las escasas ocasiones en que historiográficamente se ha abordado el tema de la Pascua Trágica se la ha asociado a un simple conato comunista de intenciones subversivas o como la expresión de una oligarquía que defendía a sangre y fuego sus privilegios.¹ En este caso, se pretende vincularla al empeoramiento de la situación social y económica a partir de septiembre de 1931 como producto de la crisis mundial, que aminó la credibilidad gubernamental en su política de justicia social y fortaleció sus áreas más represivas. Aunque la preocupación por los pobres no desapareció del todo, comenzó a prevalecer el miedo a ellos, buscando su subordinación. La defensa que las clases dominantes hacían de los principios e instituciones representativas como únicas armas para evitar nuevas intervenciones militares y quiebres políticos determinó la prosecución de la política militar antiizquierdista y de control público, dando un lugar secundario al carácter benefactor del Estado. Esto se contradecía con lo esperado de un gobierno civil posdictatorial, en especial cuando el Estado ya no era percibido como la expresión pura de las clases dominantes. La postura ofensiva de la elite rompió el débil equilibrio logrado en los años anteriores. En ese sentido, la tragedia ocurrida en Copiapó y Vallenar fue el resultado del enfrentamiento entre un movimiento social cada vez más desesperado con su miseria y, por tanto, más dispuesto a exigir lo que consideraba su derecho y su esperanza, y una clase política cada vez más consciente de su debilidad, pero en una posición de ofensiva. En la zona de Copiapó y Vallenar, este proceso general presentaba características particulares, toda vez que allí ambas variables estaban exacerbadas por una migración creciente y la decadencia de la economía regional, lo cual dio al Partido Comunista local un peso mayor que en otras partes del país.

Desde una óptica metodológica, este estudio incorpora la variable analítica “emocional” para dar cuenta del proceso. En efecto, si bien el análisis se sustenta fundamentalmente en factores estructurales, por tratarse del período inmediato a la caída del régimen militar, en medio de una crisis global, los sentimientos estaban exacerbados, e incidían en las decisiones tomadas. Por una parte, el “miedo” que dominaba a las clases dirigentes dado que la derrota del dictador no dio lugar al orden

¹ Osvaldo Quijada Cerda, *La Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar*, Santiago, 1932; Germán Palacios, *Estar fuera de la historia*, Santiago, 1994. La versión de un conato comunista en Leonidas Bravo, *Lo que supo un auditor de guerra*, Santiago, 1955, pp. 40-41; A. Barnard, “El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1928-1934)”, *Nueva Historia*, 1883, p. 224; Paul Drake, *Socialismo y populismo en Chile*, Santiago, 1993, p. 52.

deseado y “el futuro parecía más amenazante cuanto más precario era el presente”. Este miedo, fruto de la ilegitimidad política, con todo, no las paralizó, en tanto creían posible neutralizar, o eliminar, la amenaza mediante la fuerza, pasando a la ofensiva.² En la acera opuesta, los comunistas estaban imbuidos de una profunda “fe”, esto es, de un “pensamiento social totalizante que se orientaba hacia una realidad social poderosa y tenía por intención una salvación presente o futura”.³ En medio del abismo en que se sumía el mundo occidental a partir de 1930, los comunistas estaban convencidos de que la hora del triunfo había llegado, sentimiento del que no escaparon sus partidarios chilenos dado los efectos de la Depresión. Tal como recuerda uno de sus militantes, en esa época “La Internacional [...] infundió una fe semejante a la de los primeros cristianos. Si en la antigüedad ellos morían con las manos y los pies clavados a una cruz, ahora la bandera roja era el símbolo del fin de todas las esclavitudes y penurias”.⁴ En ese sentido, la Pascua Trágica fue, también, el enfrentamiento entre los temores de las clases dominantes y la desesperación de los cesantes, guiados por la fe de los comunistas.

I. CAMINO A LA DESESPERACIÓN

Como es sabido, el impacto de la Depresión de los años treinta en Latinoamérica fue devastador, particularmente en las economías mineras, como era el caso de Chile. El ciclo salitrero que había sustentado el orden oligárquico parlamentario desde 1880 entró en su colapso final. Durante los últimos cuatro meses de 1931 dicha tendencia depresiva se agudizó. Las exportaciones continuaron decayendo en forma sostenida y alarmante, pasando de 61 millones de pesos en septiembre a 36 en el mes de noviembre. El salitre siguió esa tónica, contrayéndose de 132 mil toneladas exportadas en septiembre a 56 mil en noviembre, para repuntar brevemente en el último mes del año y volver a caer dramáticamente en enero. La producción de cobre —segundo producto minero de exportación de Chile en esos momentos— se mantenía a duras penas entre las 19.725 y las 17.759 toneladas producidas entre octubre y diciembre respectivamente. En suma, dos de las principales fuentes de ingresos no mostraban el menor signo de mejoría.⁵

² Manuel Antonio Garretón, “Panorama del miedo en los regímenes militares. Un esquema general”, Flasco, D. T. núm. 365, 1987, p. 3; Pierre Manoni, *El miedo*, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 15.

³ Ernst Nolte, *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Ed. Península, 1971, pp. 18-19.

⁴ Volodia Teitelboim, *Antes del olvido. Un muchacho del siglo XX*, Santiago, 1997, p. 246. Teitelboim ingresó al Partido Comunista chileno en diciembre de 1931. Un análisis más extenso de la variable emocional en Verónica Valdivia O. de Z., *La hora de la rebelión. Chile 1931-1932*, Santiago, 1998, inédito, Introducción.

⁵ César Fuenzalida, *¿Hemos salido de la crisis?*, Santiago, 1933, pp. 11-35.

En el área de la manufactura, el Índice de Producción Industrial –sobre una base 100 en 1929– fluctuó entre 72,3 y 75,8 en los meses en análisis, siendo las más perjudicadas las fábricas textiles. Los precios de los productos industriales bajaron de un promedio de 210 en 1929 a 172 en diciembre de 1931, es decir, el 18%. El número de quiebras de empresas y negocios aumentó significativamente durante 1931: en agosto se contabilizaron 61 quiebras, en noviembre, 77, y el total del año fue de 730. Los precios agrícolas, por su parte, cayeron el 43% en relación a 1929.⁶

Durante estos meses, la crisis económica en Chile entró en su fase inflacionaria como efecto de la cesación del pago de la deuda externa y del establecimiento del control de cambios. A partir de ese momento, el Banco Central, manteniéndose fiel a las teorías económicas de la época, decidió disminuir la tasa de redescuento –aumentada en los meses previos– al 6% en octubre, en un intento por incrementar los créditos hacia la banca privada. Esta maniobra, sin embargo, se frustró, toda vez que los préstamos que el Banco Central estaba haciendo, especialmente al sector público, por ese mismo tiempo, aumentaron la cantidad de dinero en circulación. Por lo tanto, los préstamos hacia los bancos privados disminuyeron de 148 millones, al momento de la caída de Ibáñez, a 86 millones a fines de 1931, mientras la oferta de dinero en esos mismos meses creció el 12%⁷. La tendencia inflacionaria no pudo detenerse porque las autoridades tuvieron que afrontar el problema social y la creciente llegada de los cesantes a las principales ciudades del país recurriendo al Banco Central.

Dada esta realidad económica de cuasi parálisis, los trabajadores se dispersaron por el país. En septiembre, 48.285 obreros y empleados solicitaron ocupación en la Bolsa de Trabajo, cifra que continuó creciendo en los meses siguientes hasta alcanzar 67.038 al final de ese año. De estos últimos, sólo 17.496 obreros y cincuenta empleados fueron contratados a través de la Bolsa de Trabajo, lo cual representaba el 26,2% del total de los solicitantes. Esto implicaba un retroceso en relación con los contratados en el mes de septiembre, los cuales representaron un 32,2% de las solicitudes hechas, lo que demuestra el deterioro de la ayuda fiscal.⁸ Por su parte, el Índice de Jornales Pagados –de una base 100 en 1928-1930– continuó la tendencia depresiva iniciada el año anterior, bajando de 104,1 en enero a 59,7 en septiembre y a 67,6 en diciembre.⁹ Esto, aunado al despido masivo, no hizo sino confirmar la tendencia migratoria ya desatada. Lo cierto es que a partir de la primavera el gobierno hubo de vérselas con miles de desempleados exhibiendo su miseria por las calles. La ayuda se materializó en la apertura de albergues y ollas del pobre, estas últimas tam-

⁶ César Fuenzalida, ob. cit., p. 40; Antonio Cifuentes, *Evolución de la economía chilena*, Santiago, 1935, p. 9; Mario Bravo, *Chile frente al socialismo y al comunismo*, Santiago, 1933, p. 107.

⁷ Manuel Marfán, “Políticas reactivadoras y recesión externa”, en: CIEPLÁN, núm. 12, pp. 99-100.

⁸ Juan C. Gómez, “Crisis, hambre y socialismo: Chile 1931-1932”, pp. 110-115; Mario Bravo, ob. cit., p. 106.

⁹ César Fuenzalida, ob. cit., p. 54.

bién de carácter privado. Hasta septiembre, los albergues estaban entregando 8.405 raciones en Santiago, mientras la cesantía afectaba a 128.000 personas.¹⁰

Si bien es claro que el sector público contaba con menos ingresos para ir en ayuda de los cesantes, también lo es que la postura del gobierno en materia social era escéptica. En otras palabras, las autoridades no estaban absolutamente convencidas de que fuera responsabilidad del Estado la atención de los cesantes, lo cual quedaba en evidencia cuando el funcionario de la Inspección del Trabajo —organismo público encargado de resolver y fiscalizar los conflictos laborales— reclamaba por la falta de recursos. Esto redundaba en que la realidad que se vivía en los albergues y en las ollas del pobre fuera pavorosa.¹¹

En provincia la situación era igualmente dramática. Al Norte Chico la llegada masiva de cesantes lo convirtió en una de las zonas más problemáticas. El caso de Atacama era tan o más dramático, relativamente, que el de Santiago. A pesar de ser bastante más pequeña y con menos población, la decadencia económica regional presente por largos años se convertiría en un factor de agudización de la crisis. También influía en ello el hecho de haber sido una de las zonas que nutrió la demanda de brazos de las salitreras en sus años de esplendor, razón por la cual su población seguía los vaivenes de esa fluctuante industria, especialmente desde la Primera Guerra Mundial. Ambos factores coadyuvaban a hacer de ella un área potencialmente conflictiva.

La inestabilidad que acompañó al ciclo salitrero desde la Primera Guerra Mundial determinó la constante movilización obrera hacia el sur del país con la anuencia de las autoridades, deseosas de descongestionar el norte pampino: “Los trabajadores que vienen del norte y quieren desembarcar [...] hai que dejarlos porque seguramente van en busca del lugar de que partieron”.¹² En efecto, la primera reacción de los expulsados de las oficinas en la coyuntura de 1914-1915 era regresar a sus lugares de origen, por lo cual ciudades como Copiapó, Huasco o Chañaral se convirtieron en receptoras de esa masa migrante. Si en un comienzo esto fue una solución, con el correr de los meses dejó de serlo, toda vez que ellas también se congestionaron. Ya en 1915, se ordenaba a los intendentes que los trasladados debían aceptar quedarse en los lugares que se les destinaban pues “como he dicho a US. provincia Atacama no puede recibir más exceso de población”.¹³ Esta situación volvió a suscitarse al momento del fin de la guerra, cuando la contracción del mercado mundial del nitrato empezó su cierre final. En efecto, la “paralización de las oficinas salitreras” a partir de 1918 y su fluctuación hasta mediados de la década de 1920 implicaron la llegada “al valle (del Huasco) de numerosos trabajadores que no tienen en qué ocuparse”.¹⁴

¹⁰ *El Mercurio*, Santiago, EM, 21/10/1931; *Archivo de la Intendencia General del Trabajo* (AIGT), Oficios, vol. 248, doc. 10/11/1931. Dicha cifra de cesantes es la oficial, pero hacia noviembre se la estimaba, extraoficialmente, en 200.000.

¹¹ Juan C. Gómez, ob. cit., pp. 136-137; AIGT, Oficios, vol. 250, doc. núm. 7779, 17/12/1931.

¹² *Archivo del Ministerio del Interior* (AMI), Telegramas, vol. 4368, 15/08/1914.

¹³ AMI, Telegramas, vol. 4487, 21/01/1915.

¹⁴ *La Voz de Huasco* (LVH), Vallenar, 20/06/1926.

En ambas oportunidades, la situación se había hecho grave porque la economía atacameña pasaba por un momento depresivo y, por tanto, no tenía posibilidades de ofrecer empleo a los recién llegados. La minería, que antaño había hecho de Atacama una de las regiones más ricas del país, se encontró a mediados de los años veinte “abatida y arruinada por la total paralización de los trabajos en sus centros mineros”, por lo cual se pedía a las autoridades dar “facilidades a los industriales mineros, ya que las circunstancias actuales y la modernización científica de las industrias modernas exigen su completa transformación”.¹⁵ A estas dificultades se sumaba la desastrosa situación en que se hallaban los trabajadores agrícolas de la zona a consecuencia de que la agricultura estaba estrechamente ligada a la exportación minera. Así, “muchos operarios [...] se han visto en la obligación de abandonar las faenas”.¹⁶ En suma, la realidad económica de la región de Copiapó y Vallenar en este período era de absoluta decadencia, lo cual acentuaba los desequilibrios creados por la llegada de los cesantes. El hecho de que muchos pampinos hubieran salido de esta región a alimentar la industria salitrera la convertía en una segura área receptora en los momentos de crisis y, por ende, en una zona potencialmente conflictiva.

Esta realidad se volvió a presentar al producirse el colapso final en 1931. A comienzos de este año, se habían trasladado a Atacama desde el norte pampino 655 personas, cifra que seguiría aumentando en los meses siguientes.¹⁷ Dada la situación en regiones como Tarapacá, Antofagasta y Santiago, las autoridades no pusieron demasiada atención en las áreas que no se estimaban como graves, por lo cual la inmigración y la ruina económica de Atacama fueron abandonadas a su suerte y al esfuerzo particular, acelerando los efectos sociales de la crisis y la desesperación de los trabajadores. La estrechez del mercado agrario, la necesidad de mayor riego para elevar el rendimiento y disminuir los precios, la falta de un tranque (una represa) en Vallenar eran motivos de intranquilidad pública, toda vez que a raíz de ello “una vasta población ha quedado cesante”. Peor aún cuando la crisis estalló en invierno, período en que las “faenas agrícolas se paralizan dejando en descanso obligado a un porcentaje considerable de trabajadores del campo”.¹⁸ Asimismo, la minería local decaía sin remedio, porque la falta de recursos de la Caja de Crédito Minero imposibilitaba algún socorro. Esta situación, que empeoraba mes a mes, desarrolló la percepción de que Vallenar era una de las zonas donde existía “un mayor número de cesantes”.¹⁹

Al desatarse el problema, hacendados y comerciantes de Copiapó organizaron actividades de beneficio y colectas para alimentar a los desocupados. Se constituyó un comité pro ayuda de los cesantes, con el propósito de dar auxilio a través de obras

¹⁵ Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la Post-guerra (1914-1921)*, Santiago, 1986; LVH, Vallenar, 09/05/1926 y 20/06/1026.

¹⁶ *La Antorcha (LA)*, Vallenar, 17/01/1925.

¹⁷ AIGT, Oficios, vol. 227, Circular núm. 17, 20/02/1931.

¹⁸ *La Mañana (LM)*, Copiapó, 18/07/1931.

¹⁹ *El Eco del Huasco (EH)*, Vallenar, 08/08/1931; G. Palacios, ob. cit., p. 82.

fiscales y no una mera limosna. Ninguna institución quedó al margen de la ayuda organizada, ni siquiera la Policía de la provincia, que donó un día de sueldo a beneficio.²⁰ Las autoridades regionales presionaban al gobierno para que prestara auxilio a la zona; sin embargo, a poco de asumir el gobierno civil se comunicó al intendente que el “Ministerio del Interior no puede conceder autorización para girar ley Régimen Interior alimentar cesantes. Es materia que corresponde al Ministerio de Bienestar Social”.²¹ Desde julio estaba funcionando una olla del pobre que ofrecía alimentación diaria “gracias a la generosidad y desprendimiento de los habitantes y haciendas de Vallenar. Del fisco no se ha recibido ni un centavo, ni en especies ni en dinero”.²² Paralelamente, se creó un Comité Pro Ayuda al Hogar para recolectar ropa de casa, vestuario y calzado para ser repartidos entre los pobres de la localidad, mientras las autoridades vallerinas intentaban generar algunas fuentes de empleo. Poco pudo hacerse, sin embargo, por falta de ingresos de la gobernación.

La sublevación de la marinería en Coquimbo a principios de septiembre obligó al gobierno a cambiar de actitud, pues, según el informe de la autoridad provincial, la situación financiera de Atacama era “de bancarrota”.²³ Temiendo que la marinería buscara apoyo entre los trabajadores cesantes y expandiera su movimiento a la región de Atacama, el gobierno ordenó el envío de recursos, autorizando allí un gasto fiscal de \$ 1.000 diarios, cifra que resultaba importante en tanto era la misma asignada a Coquimbo con un número mucho más alto de cesantes. El claro vínculo que existió entre el temor del gobierno a una rebelión de los desocupados producto de su miseria, como había ocurrido con los marineros, y el aumento de los fondos para su sostenimiento quedó de manifiesto por el funcionario público a cargo de esa labor. Informando al Ministerio de Bienestar Social sobre la urgencia de aprobar las solicitudes de fondos, señaló: “Las noticias que [...] está recibiendo esta Inspección le permite verificar cómo la presión de las masas trabajadoras va en aumento y constituye peligro en aquellas localidades en donde no se ha repartido alimento o la ayuda ha sido insuficiente. Así está aconteciendo en Copiapó”.²⁴

Sin embargo la situación, lejos de mejorar, continuó empeorando en los meses siguientes. La parálisis económica de Atacama hizo crisis cuando en octubre se informó el cese completo de los préstamos de la Caja de Crédito Minero a la mayoría de las empresas que gozaban de ellos, lo cual significó la disminución o total detención de las actividades productivas en El Inca, Elisa de Bordos y El Salado, todas minas de cobre. Al mismo tiempo, el mineral de Potrerillos informó al intendente de Atacama el despido de 95 obreros y el anuncio de que “por razones de economía, el personal se reduciría en unos doscientos obreros y como en cincuenta empleados”. Por

²⁰ LM, Copiapó, 07 y 17/07/1931.

²¹ AMI, Telegramas, vol. 7974, doc. núm. 693, 08/08/1931.

²² AIGT, Oficios, vol. 250, doc. 10/12/1931; EH, Vallenar, 22/08/1931 y 03/09/1931.

²³ AIGT, Oficios, vol. 247, doc. núm. 1476, 12/09/1931; núms. 1766 y 1767, 08/12/1931; EH, Vallenar, 12/09/1931.

²⁴ AIGT, Oficios, vol. 245, doc. núm. 5803, 28/09/1931.

ello, aunque se observaba tranquilidad entre los cesantes, la desesperanza comenzó a cundir, notándose “cierta depresión moral [...] principalmente en los obreros casados y con familia”.²⁵

En función de esta realidad, el intendente propuso al ministro no continuar repartiendo alimentos ni ofreciendo albergue, pues sólo acarrearía “desembolsos crecidísimos y esos gastos no benefician a nadie [...] (además) de fomentar el ocio y el vicio”. A cambio debía tenderse a darles trabajo en obras públicas fijando un jornal “discreto”. La construcción de un camino al mineral de Potrerillos, se esperaba, permitiría no sólo absorber parte de la cesantía, sino también llevar la producción agrícola copiapiña al centro minero, mejorando la situación. Asimismo, se proponía la puesta en funcionamiento de la Planta de Flotación de Minerales en Punta del Cobre a base de minerales de oro. El costo de ambos proyectos era de \$160.000, cifra, según se aseguraba, no mayor al desembolso que se haría manteniendo los albergues y la olla.²⁶

Escuchando las demandas gubernamentales, pero principalmente como efecto del levantamiento de la marinería, la Andes Mining Copper prometió dar trabajo a todos los obreros cesantes “de antecedentes intachables que hay actualmente en el departamento de Chañaral”.²⁷ Igualmente, el gobierno ordenó que el ingeniero de la provincia contratara desempleados para “la reparación del camino de acceso de Potrerillos y ocupe 200 obreros cesantes en la reparación de los diversos caminos mineros de la provincia”.²⁸

En la ciudad de Vallenar, el mes de octubre empezó a mostrar los claros límites que tenían la ayuda particular y la paciencia de las autoridades regionales. Debido a que gran parte de sus recursos dependían de las patentes municipales que cancelaban los profesionales, industriales y comerciantes, su morosidad, que a esta fecha llegaba a seis meses, tenía al municipio en bancarrota. Hasta entonces, la Alcaldía se abstuvo de su cobro, pero ya en octubre, cuando “se hace insostenible la situación municipal, al extremo que no hay con qué pagar los sueldos y jornales, ni siquiera se cuenta con dinero para atender los servicios estrictamente indispensables”, se decretó el pago de las patentes, dándose un plazo de quince días bajo apercibimiento de clausura del negocio.²⁹ El resultado fue la crisis de la Olla del Cesante y el anuncio de la Gota de Leche que sólo podría abastecer a los niños por pocos días más.³⁰

De esta manera, hacia fines del año 1931 la situación económica y social de Atacama era dramática y sin visos de solución, momento en que la desesperación de los desempleados alcanzó un punto límite.

25 AIGT, Oficios, vol. 221, doc. núm. 2535, 13/10/1931; vol. 222, doc. núm. 346, 27/10/1931.

26 *Ibidem*, Oficios, vol. 247, doc. 08/09/1931 y 12/09/1931; *LM*, Copiapó, 05/09/1931.

27 *LM*, Copiapó, 08/09/1931.

28 AIGT, Oficios, vol. 247, doc. 05/11/1931 y vol. 249, doc. 26/11/1931.

29 *EH*, VALLENAR, 15 y 17/10/1931.

30 *EH*, Vallenar, 17 y 26/10/1931 y *El Trabajo (ET)*, Vallenar, 18/10/1931.

II. ¿LA HORA DE LA REBELIÓN?: DESESPERANZA Y FE

El Partido Comunista chileno, fundado en 1922, había sido uno de los sectores más reprimidos por la dictadura militar, de modo que tras la caída de Ibáñez concentró todos sus esfuerzos en recomponer sus lazos con los trabajadores y acrecentar su influencia política. Como fiel seguidor de las directrices moscovitas, su estrategia se enmarcaba dentro de las políticas del Tercer Período, según las cuales el capitalismo entraba en su tercera fase, agudizando las guerras imperialistas y la lucha de clases, conduciendo a su derrota definitiva. Los partidos comunistas debían encabezar las luchas en forma independiente hegemonizando los movimientos obreros. En el caso de Chile, debía organizarse un movimiento obrero-campesino controlado por ellos para liberar al país con una fuerte acción de masas.³¹ Los años de dictadura habían librado al comunismo chileno de los militantes no suficientemente comprometidos con la causa, de modo que a mediados de 1931 predominaban aquéllos absolutamente convencidos de su ideal, llenos de “fe”. Desde su óptica, los efectos de la Depresión en Chile no eran sino muestras de la pronta caída del capitalismo y de la democracia liberal, por lo cual los minutos de vida del gobierno civil posdictadura estaban contados, pues no era sino la expresión de la “oligarquía pro imperialista [...] el mundo capitalista se resquebraja y se hunde por el peso de sus propias contradicciones, mientras la URSS construye victoriosamente el socialismo [...] Tenemos ante nosotros el espectáculo de un mundo que muere frente a un mundo que nace!”.³²

Esta postura ha influido para que la acción comunista de este período se interpretara como revolucionaria. Desde nuestra óptica, la convicción en el advenimiento de un nuevo día llevó al partido en estos últimos meses de 1931 a propiciar la agitación popular, haciendo afiebrados llamados a la lucha. Ello, sin embargo, convivió con una postura más moderada, fruto de su deseo de reconquistar al mundo obrero. Así, el partido mantuvo el discurso rupturista, pero su estrategia de acercamiento a las masas consistió en levantar banderas que fueran del interés inmediato de ellas. El partido se convirtió en un agente del desorden, más que de la organización y de la revolución.

En ese sentido, sus banderas fueron la abrogación de los sindicatos legales y la derogación de toda la legislación social; la organización de los cesantes en un comité adherido a la Federación Obrera de Chile (FOCH), la liberación de los presos políticos y su activa participación en el Comité de Defensa de las Libertades y Reivindicaciones del Proletariado, esto es, la defensa de las libertades básicas; la derogación de la Ley de Defensa del Estado; la disolución de las guardias “fascistas”; la aprobación de un subsidio para los cesantes; la no rebaja de salarios; el abarata-

³¹ A. Barnard, ob. cit., pp. 217-218.

³² *Justicia (J)*, Santiago, 04/11/1931.

miento de los artículos de primera necesidad y la disolución del Congreso Termal.³³ En pocas palabras, el partido trató de estar cerca de todas aquellas demandas más sentidas por las masas y trató de incitarlas a manifestar su disconformidad usando a veces un lenguaje más radical. La tónica, no obstante, era demandar al gobierno más que organizar y adoctrinar a esas masas que se deseaba movilizar. El partido aspiraba a un cambio mucho más profundo, pero el aislamiento en que se encontraba respecto de la masa lo llevaba a enfatizar más lo reivindicativo.

Sin embargo, la realidad particular que vivía la ciudad de Vallenar parece haber influido para que el camino tomado por el comunismo regional fuera relativamente distinto. Debe destacarse que el comunismo se desarrollaba intensamente en Vallenar, no en Copiapó, donde no tenía fuerza. El Partido Comunista de Vallenar fue organizado en los años veinte, durante el primer gobierno de Arturo Alessandri, alcanzando cierta importancia. Según la prensa local, el comunismo creció al amparo de la crisis política desatada durante la gestión alessandrista, cuando “fue perdiendo sus contornos políticos y adquiriendo la organización del socialismo revolucionario”.³⁴ De hecho, ya en 1925 el partido contaba con prensa local y funcionaba una seccional de la FOCH. Con la llegada de Ibáñez al poder, el comunismo vallerino pareció desaparecer, como en todo el país; pero en 1931 emergió con nuevos bríos a la lucha social del Norte Chico. La restauración de las libertades ciudadanas durante el gobierno provisional de Montero y Trucco (julio) fue el marco propicio para su renacimiento a la vida política, sin que las autoridades pudieran impedirlo como tampoco que reapareciera su periódico *La Antorcha*.³⁵

La situación social especial que afectaba a Atacama ofreció a los comunistas condiciones particulares en las cuales desenvolver sus actividades, como también para el impacto que ellas podían tener. El comunismo vallerino tuvo mayor influencia sobre los cesantes de la región que el partido en Santiago, lo cual, a su vez, fortaleció su “fe” en la posibilidad de derrotar al civilismo, movilizándolo a todos aquellos que se oponían a él. No compartimos la imagen de un Partido Comunista vallerino más “revolucionario” que el de Santiago, pero sí con mayor capacidad de movilizar a los cesantes y de despertar odiosidades por lo mismo.

Una vez en la arena pública, instalaron diversos centros de propaganda e iniciaron campañas de adoctrinamiento. Desde comienzos de agosto, el partido “realiza semanalmente conferencias públicas de divulgación de los ideales de renovación social” en distintas calles de la ciudad, las que continuaron en los meses siguientes “invariablemente todos los sábados”.³⁶ Estas reuniones lograban atraer “un buen número de adeptos”, los que escuchaban a los oradores disertar acerca de la “efica-

³³ *Bandera Roja (BR)*, 04, 07 y 13/11/1931; *J*, Santiago, 26/11/1931; Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad*, SUR, 1988, pp. 47-94.

³⁴ *ET*, Vallenar, 28/02/1932.

³⁵ *Ibidem*; *Archivo Fondo Varios (AFV)*, vol. 916, fs. 102-103.

³⁶ *LA*, Vallenar, 21/11/1931 y 28/11/1931.

cia del comunismo como sistema de gobierno”, atacar al régimen civilista, denostar al orden capitalista y “todo lo que sea autoridad”.³⁷ Al mismo tiempo, hicieron circular volantes propagandísticos llamando al pueblo a organizarse para resistir. Como informaba el capitán de Carabineros de Vallenar: “los agentes de Investigaciones [...] sorprendieron a comunistas repartiendo proclamas y panfletos subversivos [...] (los que) contienen expresiones injuriosas contra el actual gobierno, se incita al pueblo a la revuelta, atentando con esto la seguridad interna de la nación [...] las proclamas encontradas en poder de estos individuos suman más de doscientas”.³⁸ El resultado de estas actividades fue que hacia fines del primer mes de restaurada la legalidad el comunismo había logrado en Vallenar celebrar mítines en las plazas públicas o en sus locales sociales, predicando su doctrina con bastante audacia. Recorrían las calles cantando “La Internacional”, llevando banderas rojas y “viviendo la revolución social”.³⁹

Dado el alto número de cesantes en Vallenar, los comunistas también se concentraron en la Olla del Pobre, esparciendo el rumor de que ella funcionaba gracias a su gestión, razón por la cual incitaban a los cesantes y pobres de todas las zonas aledañas a Vallenar a inscribirse; de modo que “muchacha gente ha llegado de los pueblos del interior y de Huasco para agregarse a los cesantes que comen en la Olla del Pobre, sólo porque se les ha escrito en este sentido”.⁴⁰ Los comunistas utilizaban la Olla como lugar de propaganda de sus ideas y como medio de influir en las decisiones del comité a cargo y de organizar a los cesantes. El gobernador vallerino destacaba la influencia comunista en los desocupados, sobre quienes recaía de preferencia su propaganda “y si se añade a esta situación una multitud mal [...] alimentada, tendrá US. el cuadro perfectamente delineado [...] Un desfile de 150 hombres y más de 100 personas entre mujeres y niños, dio margen a que en las calles de Vallenar se viera el penoso espectáculo de esa multitud que pedía aumento de comida y trabajo”.⁴¹

Luego de la insurrección de la marinería, la ciudad se concentró, igual que el resto del país, en la elección presidencial a verificarse a comienzos de octubre. Los comunistas vallerinos se dedicaron a trabajar en favor de su candidato Elías Lafertte, como ya lo habían hecho en ocasiones anteriores por otros nominados. Para la conflictiva elección presidencial de 1931, el candidato comunista logró obtener 499 votos en Atacama, cifra exigua desde una óptica cuantitativa, no así cualitativa, pues ésta fue la segunda mayoría a nivel nacional obtenida por Lafertte después de San-

³⁷ EH, Vallenar, 10/08/1931; 28/12/1931, AFV, vol. 916, f. 103.

³⁸ Oficio confidencial del comisario de Carabineros –Francisco Bull– al gobernador Aníbal Las Casas, 04/08/1931, AFV, vol. 916, f. 110.

³⁹ Of. Conf. del gobernador Las Casas al intendente de Atacama, Víctor Manuel Igualt, 31/08/1931. AFV, vol. 916, f. 114; también en AMI, Of. Conf. vol. 7911, doc. 09/10/1931.

⁴⁰ EH, Vallenar, 17/08/1931.

⁴¹ EH, Vallenar, 22/08/1931; Oficio del gobernador Las Casas al intendente Igualt, AFV, vol. 916, fs. 112-113; AIGT, Oficios, vol. 250, doc. 10/12/1931.

tiago, donde sacó 561.⁴² Aunque la diferencia con Montero –3.171 votos– y Alessandri –1.448 sufragios– fue amplia, los votos comunistas revelaron la presencia de una fuerza importante en términos relativos en Vallenar.

El comunismo de Vallenar diseñó dos estrategias, como se ha visto: la movilización sobre la base de reivindicaciones, que coincidía con el oficialismo santiaguino; pero, a diferencia de él, también se dedicó a la organización y concienciación. El partido llamaba a los trabajadores a

luchar abiertamente contra nuestro enemigo común, el incientífico sistema capitalista que ya se encuentra en su último estado de descomposición [...] luchemos compañeros por el engrandecimiento de la organización obrera para afianzar la base en que descansará el triunfo de la Revolución Social que derrocará a los tiranos e implantaremos el poder proletario organizando el gobierno de obreros, campesinos, soldados y marineros.⁴³

Los discursos comunistas calificando al capitalismo y al régimen burgués de “tiranos”, de “haber robado a la clase pobre” adquirían en los oídos de los desempleados y hambrientos un sentido; existían razones concretas que lo avalaban: el abandono gubernativo. Más fuerza tomaban cuando los comunistas podían exhibir como prueba de su propuesta el hecho de que la Unión Soviética estuviera al margen de la ruina general “que con los instrumentos de producción en las manos del proletariado está marcando rumbos a los productores del orbe entero”.⁴⁴

Al igual que el partido en Santiago, el comunismo en Vallenar organizó un Consejo de Obreros Cesantes de la FOCH, el cual contó en su constitución con un 10% de los cesantes de la ciudad; mientras, en Copiapó la central sindical fue restablecida en agosto como “representante genuina del proletariado”, llamando a “la formación de un Frente Único Obrero, como un arma para luchar por la emancipación”.⁴⁵ Pocos días más tarde aseguraban tener en las filas fochistas a la casi totalidad de los obreros desocupados de Vallenar (más o menos 1.500) y confeccionaron un pliego que presentaron a las autoridades. En él solicitaron un jornal superior a \$ 4, una mejor alimentación, la devolución de las tarjetas para acudir a la Olla a quienes se les habían retirado y la entrega de raciones de acuerdo con el número de familias.⁴⁶ Asimismo, trataron de atraer a los campesinos, fuertemente afectados por la depresión de la actividad agrícola en Atacama y sometidos a los abusos de los dueños de haciendas. El partido aseguraba a los inquilinos que “ya se acerca el día en que terminará la desigualdad existente”, instándolos: “ven al Partido Comunista, ingresa al partido de la revolución”.⁴⁷

⁴² *ET*, Vallenar, 15/10/1931.

⁴³ *LA*, Vallenar, 21/11/1931.

⁴⁴ *Ibíd.*

⁴⁵ *LM*, Copiapó, 15/08/1931.

⁴⁶ *LA*, Vallenar, 28/11/1931; *AFV*, vol. 916, Oficio del gobernador Las Casas al intendente Igualt, 25/11/1931.

⁴⁷ *LA*, Vallenar, 21 y 28/11/1931.

En relación al tema del monopolio fiscal salitrero se ha argumentado la existencia de una contradicción entre la dirección central y la regional vallerina, como variable explicativa de la participación comunista en el asalto de Navidad: la posición más radicalizada del comunismo vallerino en ese tema demostraría su postura revolucionaria.⁴⁸ En el caso de Santiago el partido no dedicó espacios destacados a la Corporación de Salitres de Chile (COSACH), como sí lo hicieron el comunismo y el fochismo iquiqueño, quienes hicieron de su disolución uno de sus lemas más importantes para atraer el apoyo de los cesantes. En Santiago, las veces que el partido abordó el tema lo enmarcó dentro de la lucha contra la oligarquía, planteando la necesidad de nacionalizar dicho recurso bajo un gobierno obrero-campesino.⁴⁹ En otras palabras, no existía una sola postura comunista respecto del tema. Al parecer, la crisis que afectaba al partido impidió la definición de una línea única a seguir, habiendo énfasis distintos, dependiendo de la realidad regional. Dada la situación social en Atacama, los comunistas se dieron a la tarea de fortalecer su apoyo de masas dando una interpretación no muy distinta a la cuestión. El comunismo vallerino reconoció que la creación de la COSACH había sido “un escandaloso negociado” y que era la responsable de “la desocupación”; pero se preguntaba qué beneficios traería a los trabajadores la disolución de la COSACH. A su juicio, tal medida no alteraría el desempleo porque existía un enorme *stock* en Chile y Europa, por lo que su lucha por su disolución se relacionaba más que nada con la necesidad de que el “imperialismo yankee” fuera desplazado.⁵⁰ En ese contexto, el partido de Vallenar planteó: “la industria salitrera, como todas las industrias, beneficiarán a los trabajadores cuando sea propiedad social de los trabajadores”.⁵¹ Es decir, la idea de la nacionalización estaba en ambos. Lo que pareciera haber estado influyendo en el tono vallerino era su intento de sustraer a los trabajadores de los llamados que lanzaba el gobierno en torno de que la guerra chino-japonesa provocaría una recuperación de mercados. Si pensamos que los trabajadores en general anhelaban recuperar el mundo construido en torno de las salitreras, es posible que este llamado tuviera efecto, especialmente en las zonas más congestionadas, y estuvieran tratando de evitar una nueva migración obrera al Norte Grande. Así, aunque se vendiera algo de salitre y cobre “la situación no se compondrá, la desocupación seguirá su curso”.⁵²

Desde nuestra perspectiva, esta seguridad y la mayor influencia ejercida en la región exacerbaron su “fe” y su confianza en la posibilidad de que aquella fuera “la hora de la rebelión”. Sus llamados estaban impregnados de promesas y esperanzas futuras, antítesis del hambre, la pobreza y la violencia que inundaban entonces sus vidas: “Marchamos hacia una nueva era. El monstruo ayer fuerte, será derribado [...]

⁴⁸ G. Palacios, ob. cit., pp. 136-137.

⁴⁹ *Archivo de la Intendencia de Tarapacá (AIT)*, vol. 1, 1931; Dctos. Conf. 04, 06 y 28/08/1931; 24 y 30/10/1931; *J. Santiago*, 13/11/1931.

⁵⁰ *LA, Vallenar*, 12/12/1931.

⁵¹ *LA, Vallenar*, 05/05/1931.

⁵² *LA, Vallenar*, 05/05/1931.

la humanidad entrará por el sendero de la renovación de valores [...] ¿Y quiénes son los llamados a hacer desaparecer el infame régimen opresor para felicidad de las futuras generaciones? Nosotros, los desheredados de la fortuna”.⁵³

La Depresión y la inoperancia del gobierno permitieron una mejor llegada del discurso fochista-comunista, dando al movimiento social –aunque en apariencia– una peligrosidad inusitada. La desesperanza de los cesantes tanto respecto de la persistencia de su estado de miseria como de la dureza del gobierno en relación con sus protestas fue haciendo posible un acercamiento a los llamados de los comunistas vallerinos. Como pensaba uno de los involucrados en el complot navideño: “en ese tiempo uno creía que podía hacer las revoluciones como la de la Unión Soviética”.⁵⁴

III. EN LA RUTA DE LA MUERTE

La grave crisis a la que se vieron enfrentadas las autoridades durante el amotinamiento naval de septiembre no logró revertirse del todo una vez sometidos los insurrectos; en los meses siguientes fueron minados uno a uno los débiles pilares en los que se sostenía el gobierno. Esta coyuntura estuvo dominada por la campaña presidencial de septiembre y la llegada al poder de Juan Esteban Montero en diciembre. Es decir, la clase política colocó todas sus esperanzas en la regularización de la vida cívica con la instauración de un Ejecutivo legal. Para los partidos que acompañaron a Montero, la reimposición del gobierno civil representaba su triunfo sobre el militarismo y el desorden social. El apoyo a Ibáñez en 1927 –aunque no de todos los militantes de los partidos– había sido una apuesta por un Ejecutivo fuerte, capaz de poner orden e impedir los desbordes que parecían conducir los comunistas y asegurar el crecimiento económico. Los efectos de la Depresión en 1931 dieron por tierra con esta opción militarista, más aún cuando ella había implementado una política social mirada con reticencia por sectores de la oligarquía. En ese sentido, la clase dirigente miraba este regreso posterior a julio de 1931 como la reinstalación de su poder en el aparato estatal y de su legitimidad para conducir a la sociedad. Su forma de hacer política, por lo tanto su relación con las Fuerzas Armadas y la actitud que esperaban de las masas populares, estuvo influida por la convicción de que era el momento en que todo volviera a la normalidad luego de la experiencia alessandrista e ibañista.

Teniendo en consideración esta cuestión, es posible caracterizar el período septiembre-diciembre como el de la ofensiva de los núcleos dirigentes por recuperar los espacios de poder que consideraban debilitados: la conexión económica exter-

⁵³ LA, Vallenar, 05 y 12/12/1931.

⁵⁴ Declaración del doctor Osvaldo Quijada C., en G. Palacios, ob. cit., p. 72.

na, la subordinación de las Fuerzas Armadas y de los sectores populares. En relación a estos dos últimos, cabe señalar la percepción de debilidad que tenía la elite, afectada por el temor que le provocaba su creciente descrédito, lo que tendió a desarrollar en ella una actitud más bien de sospecha hacia los cesantes y los militares. El efecto de tales sentimientos fue el desarrollo de una política de corte policial para controlar a la masa, fundada en un claro sentido de inseguridad y amenaza, y de la decisión de sofocar a como diera lugar cualquier intento de subvertir el orden, haciendo, según sus propias palabras, sólo aquello que se “viera en imperiosa necesidad”. En suma, estos meses estuvieron determinados por un intento de retomar las palancas del poder y de fortalecer las herramientas represivas del aparato estatal. De acuerdo con esa argumentación, si bien la represión en Copiapó y Vallenar fue una decisión de las autoridades regionales, ella se enmarcó dentro de la línea represiva del civilismo en esos meses; no hubo una contradicción en lo que era la política nacional y la regional. Cuando se acercaba la Pascua de ese año, la represión era parte de la acción gubernamental, ya fueran la acción de los carabineros o las leyes de seguridad del Estado.

En el Norte Chico, y especialmente en Vallenar, la preocupación por el orden fue prioritaria. Como casi siempre ocurre en zonas apartadas o que carezcan de una economía de punta, Atacama contaba con una pequeña fuerza de carabineros. En Copiapó esta situación era menos preocupante porque estaba un batallón del Regimiento Esmeralda en la ciudad, el que sumado a Carabineros parecía suficiente para mantener el orden público. En Vallenar, al contrario, la dotación de carabineros era bastante escasa —12 policías en total—, lo cual se convirtió en un motivo de alarma para las autoridades regionales y para los habitantes de la ciudad debido a la concentración de cesantes y a la expansión del comunismo. Ambos factores agudizaron el sentido de inseguridad y amenaza, particularmente del comercio local, acentuando la tendencia a reforzar el aparato defensivo; esto es, la militarización civil. De este modo, para entender la activa participación de civiles en la masacre ocurrida en Navidad, debe tenerse presente este elemento de organicidad y ejercicio de la violencia por parte de la sociedad civil vallerina, la que claramente era un elemento de apoyo a la entidad a la que le correspondía institucionalmente mantener el orden público: Carabineros. Esta combinación cívico militar no era una situación particular del Norte Chico, ocurría en todo el país, pero lo que la hizo especial fue que aquí la guardia cívica cumplía funciones y se activó al presentarse la situación anómala del asalto al cuartel Esmeralda en la vecina Copiapó. Es decir, en el Norte Chico se produjo el evento para el cual en teoría estas guardias se preparaban, lo cual no ocurrió en ninguna otra parte. Las guardias cívicas estaban pensadas por la autoridad como organismos de cooperación de carabineros o fuerzas armadas leales en caso de un motín civil o militar, nunca como eventuales reemplazantes de ellos. De allí que, en general, estas guardias no tuvieron en estos meses vida militar real, a pesar de recibir instrucción en los cuarteles. La idea más bien era que ellas cubrieran las comisarías en caso de una asonada. La escasez de personal policial en Vallenar, en cambio, hizo de la guar-

dia cívica un apoyo efectivo de Carabineros y un instrumento que colaboraba estrechamente con el gobernador Las Casas desde antes de los sucesos de Navidad.

Como se explicó en la sección anterior, el Partido Comunista de esta ciudad había logrado tener influencia sobre la población cesante, alcanzando una notoria presencia en la ciudad. La preocupación por su renacimiento tras la caída de Ibáñez se hizo manifiesta a los pocos días, cuando en los comicios de adhesión al gobierno provisional “se abordó con valentía el tema del comunismo”, llamando la atención de los oyentes acerca de la circulación de volantes lanzados por ese partido “cuyos fines primordiales van encaminados a causar la disgregación de las fuerzas verdaderamente patrióticas y conscientes”. El orador llamó a rechazar esas “ideas perniciosas”, que no fructificarían en Chile, pues “¡Aún tenemos patria, ciudadanos!”.⁵⁵ Los temores que generaba el despertar comunista se agudizaron durante ese primer mes de gobierno civil como producto de la influencia del partido sobre los pobres que iban a alimentarse a la Olla de la ciudad, lo cual provocó el cese del financiamiento: “no dar un centavo más [...] debido a lo que los comunistas propagan”. La influencia comunista en la Olla descompuso a tal punto a sus sostenedores y autoridades regionales que antes de que terminara agosto se modificó su Directorio. Su presidente honorario pasó a ser el gobernador de Vallenar, Aníbal Las Casas, mientras se nominó como presidente activo al capitán de carabineros de la ciudad, Francisco Bull, al tiempo que otros de sus miembros pasarían a formar parte de la guardia cívica días más tarde. Entre las decisiones tomadas estuvo la de exigir una comprobación de la calidad de cesante, la verificación personal del número de personas de cada familia del desocupado y su residencia, pues se le negaría la ayuda a todo aquel que fuera originario de comunas del interior. Asimismo, se autorizó al Comité para eliminar de la Olla a quienes “ejerciten propaganda política entre los cesantes”, no reconociéndole derecho alguno a los comunistas de intervenir en ella.⁵⁶ Estos acuerdos reflejaban la decisión de imponer un límite a las actividades comunistas, pero desde una óptica de fuerza. La presencia de la principal autoridad militar de la ciudad en el Directorio de la entidad así lo demuestra, como también las medidas adoptadas. Por lo mismo, se le cambió el nombre a la Olla que hasta entonces había sido “del pobre” por la “del cesante”, para evitar la entrada de personas que no lo eran. Cumpliendo con estos acuerdos, se confeccionó una lista de las personas eliminadas. Las causas argüidas en casi todos los casos eran: datos falsos, tiene ocupación, no es cesante. Hay certeza de que al menos dos de los incluidos en la lista murieron en la masacre de Navidad: Oscar Paredes y José Farías, y dos más posibles: Santiago Zavala y Víctor Álvarez. Más aún, en el caso de Paredes ya estaba consignado en los informes policiales de comienzos de agosto, cuando Carabineros detuvo a cinco comunistas que repartían proclamas. La preocupación de las autoridades y de los sectores sociales dominantes de Vallenar por esta situación se hace más clara si se considera que ya en agosto el go-

⁵⁵ EH, Vallenar, 06/08/1931.

⁵⁶ EH, Vallenar, 20/08/1931.

bernador Las Casas preguntaba al intendente Igualt si en el caso de este partido era posible no cumplir estrictamente con la ley: "Bien se yo que conforme a nuestra Carta Fundamental pueden todos celebrar comicios públicos, sin permiso previo. Pero, a los comunistas ¿se les puede impedir?". El gobernador sentía que la autoridad se limitaba a ser una mera espectadora de sus actividades, haciendo notar sus temores: "Si mañana o pasado se produce una provocación de hecho ¿que suerte correrían las autoridades del departamento?".⁵⁷ Todo lo anterior hace posible especular que la expulsión de las personas incluidas en la lista estaba vinculada a su posible cercanía o militancia en el Partido Comunista o en la FOCH vallerina más que a las razones presentadas, política que continuaría en los meses siguientes.

Esta tendencia represiva maduró con el alzamiento de la marinería. En efecto, la cercanía geográfica despertó profundos temores de una posible recalada de los insurrectos en la región de Atacama. En Copiapó, la amenaza de saqueo por parte de los cesantes a fines de agosto había obligado al gobierno a enviar ayuda, revitalizando el tema del orden y la paz pública. Por eso, al producirse el motín de la marinería el intendente Igualt se lo dejó muy claro al director general de Carabineros de la zona cuando éste pidió instrucciones al respecto: "se le ha manifestado que el orden público y el respeto a las personas y propiedades deben mantenerse enérgicamente, si fuere necesario".⁵⁸ Una vez recibida en Copiapó la noticia de la sublevación, el intendente Igualt se puso en contacto con el comandante del Batallón Esmeralda y el prefecto de Carabineros, acordándose algunas medidas. En Chañaral, donde había un gran número de cesantes, se decidió con la Andes Mining Copper de Potrerillos que se les diese trabajo a los desocupados. Se ordenó, asimismo, la desconexión de las cañerías y mangueras del depósito de petróleo de la compañía en el puerto de Barquitos, llevándolas 100 km al interior de Chañaral. Lo mismo se hizo con todo elemento de movilización, combustible y ganado vacuno, es decir "dejar al puerto sin recursos de víveres y elementos de movilización que pudiera servirles a los sediciosos", mientras reservistas reforzaron el contingente del Batallón Esmeralda. Un segundo aspecto en el que se puso atención fue el de los "agitadores", llamando a los identificados como cabecillas comunistas y advirtiéndoles que "cualquier alteración de la tranquilidad pública que hubiese en Copiapó", o en sus vecindades, "caería contra ellos", aplicándoseles "ejemplares castigos por doloroso que ello fuese, pero así lo exigía la situación especial porque atravesaba el país".⁵⁹

Tal como estaba ocurriendo en Santiago, en Atacama, Copiapó y Vallenar se organizaron guardias cívicas, las cuales recibirían instrucción militar. Los cívicos con-

⁵⁷ *EH*, Vallenar, 29/08/1931; Osvaldo Quijada, ob. cit., p. 2 y *AFV*, vol. 916, fs. 110 y 115; Oficio del capitán Bull al gobernador Las Casas, 04/08/1931 y Oficio del gobernador al intendente de Atacama, 31/08/1931.

⁵⁸ *AMI*, Providencias, vol. 8148, Dcto. 02/09/1931.

⁵⁹ *LM*, Copiapó, 11/09/1931.

sideraban que al organizarse militarmente sólo cumplían con un “lógico deber ciudadano y como prueba de la adhesión incondicional [a] la actitud firme y decidida del Supremo Gobierno en orden a sofocar todo intento revolucionario”.⁶⁰ En el caso de Vallenar, vale destacar que el creador de la guardia cívica, el dentista Misael Carmona, ya había organizado una “guardia blanca” en esta ciudad en 1922 y los contingentes que acudieron en 1931 sólo estaban respondiendo al “llamado de su ex jefe”. Más interesante resulta este antecedente si se considera que Carmona y el entonces comandante general de la guardia cívica, Jorge Fuenzalida, fueron sindicados explícitamente como represores durante los sucesos del 25 y 26 de diciembre en los caminos de Huasco.⁶¹ Durante la rebelión naval, los guardias patrullaron la ciudad, resguardando los “intereses y la vida de los habitantes”. Una vez sofocada, la guardia desfiló ante las autoridades demostrando “la alegría más sana por la derrota de unos cuantos chilenos que, ofuscados por la propaganda maldita de los sin patria, no midieron las consecuencias”.⁶² Los cívicos, como muchos en el gobierno, interpretaron la sublevación de la marinería como comunista, digna, por tanto, de ser reprimida. Los sucesos de septiembre reforzaron los miedos al comunismo en esta ciudad, lo cual determinó que la guardia se organizara formalmente, cosa que no ocurrió en Copiapó hasta enero de 1932, después del asalto.⁶³ Tal hecho demuestra que la guardia estaba siendo concebida como efectiva colaboradora de las autoridades en esa emergencia, al carecerse de mayor dotación de fuerza institucional.

De alguna manera, el gobernador Las Casas dio respuesta a las inquietudes: mientras solicitaba fuerza de línea para Vallenar en los primeros días de la sublevación, le aseguraba al intendente de Atacama que en caso de un levantamiento comunista en la ciudad “el gobernador de Huasco sabrá cumplir con su deber, aunque no cuente con la tropa necesaria para el mantenimiento del orden”.⁶⁴ En el mismo oficio, Las Casas le informaba que los comunistas eran estrechamente vigilados y que se les había advertido que en caso de alguna revuelta ellos debían responder por el orden, al tiempo que le adjuntaba una nómina de sus “cabecillas”, entre los cuales nuevamente era consignado Oscar Paredes.

De acuerdo con la argumentación presentada, este estudio propone que en el caso de Vallenar se fue configurando un escenario que auguraba un enfrentamiento. La campaña presidencial sumó un elemento más de tensión y fortaleció esta tendencia. El antiguo caudillo, Arturo Alessandri, decidió presentarse como candidato, destrozando los anhelos del civilismo de evitar una batalla política. En el Norte Chico, de tradición radical, Montero era el candidato de las autoridades y de las clases altas,

⁶⁰ LA, Copiapó, 04 y 12/09/1931; EH, Vallenar, 05/09/1931; AMI, Prov., vol., 7893, doc núm. 10345, 11/09/1931.

⁶¹ EH, Vallenar, 05 y 07/09/1931; ET, Vallenar, 27/09/1931; la identificación de Carmona y Fuenzalida, Quijada Cerda, ob. cit., pp. 10 y 23.

⁶² EH, Vallenar, 07 y 10/09/1931.

⁶³ EH, Vallenar, 10/09/1931.

⁶⁴ AFV, vol. 916, doc. núm. 1715, 03/09/1931.

de modo que la decisión de Alessandri se convirtió en un problema político. En Vallenar, su candidatura fue recibida con incredulidad después que su primera gestión había resultado, a juicio de los monteristas, “nefasta”. La importancia del antialessandrismo para este trabajo radica en que el rechazo a él tenía uno de sus orígenes en su supuesta responsabilidad por la expansión del comunismo durante su administración, donde no le habría importado “sembrar la cizaña en su Patria, no le importó lanzar al comunismo contra la burguesía”.⁶⁵ Temían que esta situación volviera a presentarse dado el discurso inflamante y populista de Alessandri. Optar por Montero, entonces, era salvar al “país del caos, de la anarquía más aterradora [...] el comunismo, los cuatro jinetes del apocalipsis desbocados”, por lo cual no se le permitió igualdad de condiciones durante la campaña, habiendo acciones abiertamente hostiles.⁶⁶ Esta vinculación alessandrismo-comunismo queda más clara cuando se observa que durante la campaña recrudesció el discurso anticomunista. Todos los días la prensa monterista dedicó espacios a desacreditar al comunismo, a realzar sus “crímenes”, a llamar al pueblo a “rechazar con energía las prédicas malsanas de los agitadores”, instándolos a meditar “las bondades del comunismo”.⁶⁷ Si se considera que este tipo de prensa es poco probable que fuera leída por los cesantes, y menos por los campesinos, la sensación es que ella tenía ante todo un objetivo antialessandrista, en tanto éste era visto como el propiciador del caos. El comunismo pareciera estar sirviendo como instrumento para agudizar los miedos reales de las capas medias en Vallenar y convencer a la agrupación demócrata —el alessandrismo— de evitar una competencia política que encendería los ánimos, favoreciendo la prédica comunista. Una posible unión alessandrista-comunista provocaba profundos temores en una sociedad ya muy tensa.

El triunfo de Montero no logró detener los miedos vallerinos, el anticomunismo tendió a acrecentarse en los meses que restaban del año en la medida en que la Olla del Cesante entró en seria crisis y el gobierno se desacreditó prontamente. Tal como le explicaba el gobernador Las Casas al intendente Igualt, la propaganda del partido estaba alcanzando más receptividad con la Depresión y la acción sistemática de los comunistas, de manera que “esa semilla tiene que dar fruto luego”. Coincidentes con esos temores, desde mediados de octubre aumentaron las presiones sobre el gobernador de Huasco para detener al partido, pues sus actos estaban cansando a los grupos dominantes, al punto que “se han acercado pidiéndome impida estas actividades”. La autoridad vallerina pedía al intendente que comunicara sus temores al ministro del Interior “para prevenir y no reprimir situaciones”.⁶⁸

⁶⁵ *EH*, Vallenar, 07/09/1931.

⁶⁶ *EH*, Vallenar, 21/09/1931.

⁶⁷ Los artículos anticomunistas eran: “El comunismo no podría durar en Chile”; “Crímenes sin nombre de los soviets rusos”; “El año XIV de los soviets. Hay en perspectiva una terrible guerra civil y de hambre”; “Agitadores profesionales”; “Cave Canem”. *EH*, Vallenar, 10, 14 y 21/09/1931.

⁶⁸ *AFV*, vol. 916, doc. núm. 2029, 08/10/1931 y doc. núm. 2186, 30/10/1931.

El gobierno, concentrado en su propia problemática en Santiago, no escuchó las advertencias del gobernador Las Casas, quien hacía meses había aclarado que en caso de una revuelta comunista actuaría. La demanda de los grupos de orden en ValLENAR era, a pocos días de la tragedia: “por el respeto al orden y a nuestra patria, no debería permitírsele a esos perturbadores del orden un momento más de reunión y si fuese posible perseguirlos”.⁶⁹

IV. EL ASALTO: NAVIDAD EN COPIAPÓ

La situación social desesperada de obreros cesantes y campesinos en Atacama pareció alcanzar su límite hacia fines de año. Los comunistas, por su parte, estaban seguros de que el mañana sin clases sería mejor. El alessandrismo estaba en pleno proceso conspirativo luego de su derrota electoral en octubre. Las Fuerzas Armadas, heridas, humilladas y con deseos de revancha. Los descontentos decidieron probar suerte contra el gobierno de Montero.

El sargento 2º de Ejército del Batallón Esmeralda en Copiapó, Pedro Meneses, practicante, confidenció a mediados de diciembre a Marmaduke Grove el profundo descontento que existía en la zona respecto del gobierno, comentándole la necesidad de organizar a las “izquierdas” allí. Meneses había sido parte de la candidatura presidencial de Alessandri en octubre y, por tanto, víctima de los atropellos del monterismo atacameño durante la campaña. Para el momento de la conversación con Grove ya estaba en contacto con un representante del Comité Revolucionario de Santiago, en el cual figuraban varios nombres del alessandrismo, a través de un tal Encalada, “quien dijo venir en representación de las izquierdas el que preparaba un movimiento en todo el país para derribar al gobierno actual”.⁷⁰ El enlace con ese comité en Atacama pasó a ser Meneses. A partir de ese momento, el practicante comenzó a organizar el movimiento, para lo cual buscó posibles adherentes, poniendo en conocimiento de lo que se planeaba a un médico recién llegado a la ciudad de Copiapó, el doctor Osvaldo Quijada Cerda, quien había conocido a Meneses en Chañaral. En seguida estableció contacto con el capitán de carabineros de Copiapó, Guillermo Villouta, quien se comprometió a cooperar con los insurgentes. Simultáneamente, Meneses logró atraer a la conspiración a algunos oficiales y soldados del batallón, como Tránsito Quevedo y otros. Por último, vino el acercamiento con los trabajadores a través de conversaciones con algunos dirigentes de la FOCH atacameña, tanto de Copiapó como de ValLENAR,

⁶⁹ ET, ValLENAR, 20/12/1931.

⁷⁰ ET, ValLENAR, 21/01/1931.



con lo cual también ingresaron a la conjura los comunistas, entre ellos Aníbal Cuadra y Pablo Reyes, del partido de Vallenar.⁷¹

En suma, la idea del complot parece haber provenído de ese supuesto Comité Revolucionario de Santiago. Las veces que la historiografía abordó el tema del asalto al cuartel en Copiapó se señaló que el plan era comunista y lo de Atacama era la señal para un levantamiento generalizado en el país. Esta hipótesis ha sido reiteradamente negada. Resulta curioso que Meneses se refiriera a una entidad conspirativa que coincide con la que meses más tarde promovería el golpe del 4 de junio, en la cual el alessandrismo era la cabeza: el Comité Revolucionario. Éste parece haber tomado cuerpo definido recién en enero de 1932, al menos con ese nombre. Sin embargo, desde septiembre existía una Convención de Izquierdas que levantó la candidatura de Alessandri y que en diciembre se organizó oficialmente como Federación de Izquierdas, que reunía a demócratas, liberales democráticos, socialistas de Chile, radical-socialistas, mutualistas y sindicalistas en torno de un regreso político del León de Tarapacá. Tanto Meneses como otros de los acusados eran demócratas y activos alessandristas en Atacama; incluso se sindicó originalmente en tal militancia al médico Osvaldo Quijada Cerda, quien también fue partidario de Alessandri en esa elección.⁷² El carácter nacional que, se rumoreó durante esos días, tenía el asalto puede haber estado relacionado no con los comunistas que, como hemos visto, carecían de una política y de una orgánica nacional, sino con el alessandrismo, el cual sí tenía ramificación en todo el país, aún atraía a numerosos obreros y estaba decidido a recuperar el sillón presidencial. Es posible que cuando el delegado dijo a Meneses que se preparaba un movimiento a nivel nacional se estuviera refiriendo a los planes de Alessandri. Desde su regreso a Chile, éste estaba liderando la crítica al Congreso Termal y la COSACH, temas que eran persistentes en la prensa cercana a él, no así en la prensa comunista. Su fracaso en octubre acentuó sus acciones conspirativas. En otras palabras, el asalto al cuartel en Copiapó parece haber sido parte de una acción generalizada de oposición que estaba desarrollando el alessandrismo en ese momento y que, eventualmente, podía dar por resultado la caída del gobierno. La participación de esta centroizquierda en la conspiración fue comentada ya en esa época, a tal punto que los dirigentes de la Federación de Izquierdas hicieron una declaración pública al respecto, la cual curiosamente no desmintió la acusación.⁷³ En ese sentido, en la acción de la noche de Navidad los comunistas no sólo no eran los únicos, sino también los menos.

La pregunta que sigue es: si el origen de la conjura era alessandrista ¿cómo fue que los comunistas estuvieron involucrados? Dada la crisis que vivía el comunismo desde el régimen ibañista, en Atacama se había estado produciendo una extraña cercanía entre elementos demócratas, pro Alessandri, y algunos comunistas. Según de-

⁷¹ ET, Vallenar, 21/01/1931; *La Crónica (LC)*, Santiago, 29/12/1931.

⁷² LM, Santiago, 30/12/1931. Guillermo Bañados, *Las ideas se combaten con ideas*, Santiago, 1933.

⁷³ LC, Santiago, 1º y 02/01/1932; *Sucesos (S)*, Valparaíso, 28/01/1932.

claraciones del demócrata Zacarías Rojas, “los comunistas [...] en las elecciones siempre fueron amigos con nosotros, sus apoderados estaban de acuerdo con los nuestros”. Esta afirmación hace inteligibles las denuncias de las autoridades de que los involucrados en el motín eran todos comunistas: “que esos elementos hayan sido demócratas o izquierdistas, nada significa [...] allí no median más que comunistas”.⁷⁴ De este modo, una alianza entre ambos grupos no parece improbable.

Un tercer aspecto a aclarar respecto de la preparación de la conjura se relaciona con el evento que desataría la rebelión: la idea del asalto al cuartel. En este plano, existen dos hipótesis: la primera, que todo fue una trampa de las autoridades para castigar al alessandrismo y reprimir a los comunistas, estimulándolos a realizar el asalto, en conocimiento de que estaban conspirando. La segunda, que efectivamente existiera un plan comunista. Estas hipótesis no parecen ser excluyentes, sino complementarias, en tanto el complot existió y el gobierno, sabiendo de él, lo estimuló con propósitos represivos. En efecto, parece haber existido un plan como éste antes que Ibáñez fuera derrocado. El 25 de julio, el gobernador Las Casas informó al intendente de ese momento, Lucio Concha, que se había descubierto un plan comunista para dar un golpe el 1º de agosto contra las autoridades locales, apoderarse del cuartel de Carabineros a fin de tomarse el armamento y que sólo esperaban nuevos movimientos en Santiago para realizarlo en Vallenar.⁷⁵ La similitud con lo que ocurrió en diciembre es evidente. Esto nos lleva a especular que tal vez la entrada de los comunistas a la alianza alessandrista contra Montero implicó la llegada de una idea surgida entre los comunistas hacía meses, pero en otro contexto. La opción por un asalto al cuartel, de ser verídica la información de Las Casas, era una forma de lucha contra la dictadura. Pero desde la caída de Ibáñez, como se ha visto, el Partido Comunista de Vallenar había estado poniendo en práctica otra estrategia, la movilización y adoctrinamiento de los cesantes de la zona, no el “putschismo”. Si la decisión de hacer el asalto hubiese sido de los comunistas, ¿por qué no intentarlo antes?, ¿por qué aparecen implicados también demócratas? Una hipótesis posible es que efectivamente la idea fuera comunista, pero la decisión de ponerla en práctica proviniera del alessandrismo, del núcleo verdaderamente fuerte entre los conspiradores.

En ese plano, los demócratas indujeron a los comunistas vallerinos a sumarse a una aventura, mientras éstos creían que “había llegado el momento de la insurrección general”. De tener éxito, el golpe les daría por fin a los desheredados “la tierra, el pan, la libertad”. Con esas esperanzas, “alentaron a muchos camaradas”.⁷⁶ La decisión, por tanto, de participar en el complot fue del partido de Vallenar, mientras otras seccionales ignoraban lo que ocurría, no existiendo ningún plan comunista nacional. Con to-

⁷⁴ *La Unión (LU)*, Valparaíso, 28/12/1931; AFV, vol. 916, f. 253. Un ejemplo de esto fue que Las Casas afirmó que Zacarías Rojas era un “comunista exaltadísimo, muy subversivo”, lo cual estaba bastante lejos de su verdadera militancia.

⁷⁵ AMI, Providencias, vol. 7911, 25/07/1931.

⁷⁶ *Boletín del Comité del Partido Comunista (BCPC)*, febrero de 1933, núm. 4; *J*, Santiago, diciembre de 1935.

do, ¿sabía el Comité Central del partido en Santiago lo que se planeaba? Al parecer sí. De acuerdo con los cuestionamientos internos a que se sometió esa colectividad luego de 1932, el Comité Central “no adoptó una actitud clara, habiendo algunos de sus miembros que estimaron había llegado el momento de la insurrección general”.⁷⁷ Esta responsabilidad en lo ocurrido fue, como es claro, producto de la grave crisis que atravesaba el comunismo chileno en esos meses. En medio de la angustia y la fe, las “desviaciones de izquierda” terminaron envolviendo a parte de sus militantes.

Una vez conformada la alianza, se comenzó a preparar el asalto al cuartel del Batallón Esmeralda. Las reuniones entre los complotadores se estaban realizando desde mediados de diciembre, pues ya el 19 de ese mes el capitán Villouta informó al intendente que se planeaba un ataque al cuartel. En ese mismo día, se efectuó una reunión entre los oficiales de Carabineros y el Prefecto, en la cual se decidió estrechar la vigilancia sobre los complotadores para estar al tanto de sus acuerdos, tarea que estaba realizando el capitán Villouta. Esta aparente misión de infiltrarse le habría sido asignada por el intendente Igualt porque Villouta conocía bien a los comunistas involucrados y a la localidad en general, cosa que no ocurría con el prefecto de Carabineros Meriño, recién llegado. Como medidas precautorias, la Comisaría dictó una Orden Reservada para oficiales, ampliando sus labores, y pocos días más tarde el intendente Igualt ratificó al capitán del batallón, Eduardo Flores Bazán, que tomara medidas para enfrentar un posible asalto, a lo cual respondió estar prevenido.⁷⁸

El día 24 en la noche, cerca de las nueve, se celebró una nueva reunión en casa de Meneses, a la cual asistieron el doctor Osvaldo Quijada, Tristán Zuleta (fochista), el argentino Timoteo Carrillo –tesorero de la FOCH en Copiapó–, José Luis Peña, Gaviño Peña –ex armero del batallón–, Manuel Meneses, José Alcayaga, Cincinato Padilla (demócrata), Aníbal Cuadra, Pablo Reyes (comunistas) y el capitán de Carabineros Villouta. Éste se comprometió a acuartelar a los carabineros y retirar el cuarto turno de la población, a fin de facilitar el ataque. De allí, los conspiradores se fueron al local de la FOCH, reunión en la que participó el soldado Tránsito Quevedo. Los asaltantes serían alrededor de treinta, los cuales contaban con algunas carabinas, revólveres y bombas de mano. El grueso de las armas lo tomarían del cuartel. Los asaltantes se distribuirían en cuatro grupos: tres hombres para los centinelas que estaban a la entrada; ocho para tomar el cuerpo de guardia; tres para la quinta compañía y un grupo de quince hombres por la parte trasera del edificio. Una vez dentro, el soldado Quevedo entregaría las armas. La participación de soldados y oficiales del cuartel y de Villouta en el complot suponía la complicidad de una parte importante de la fuerza existente en el batallón, razón que estimuló a los asaltantes. El grupo, supuestamente, estaba encabezado por el comunista Aníbal Cuadra.⁷⁹

⁷⁷ BCPC, febrero de 1993, núm. 4.

⁷⁸ AFV, vol. 916, doc. 1006, Oficio del capitán Villouta al prefecto de Atacama, 25/12/1931; Carta de Manuel Igualt al ministro del Interior, Marcial Mora, 28/12/1931.

⁷⁹ EH, Vallenar, 16/01/1932. Acusación del fiscal ante el Consejo de Guerra.

Mientras los asaltantes afinaban los detalles, el capitán Villouta ordenó el acuartelamiento de toda la tropa de Carabineros y distribuyó al personal. A la vez, según su versión, envió un criptograma a Vallenar y Chañaral, recomendando estrechar la vigilancia esa noche en los cuarteles. Asimismo, dio cuenta al teniente de Aviación para que resguardara las máquinas. Más tarde, y luego de la reunión con Meneses y los demás, y tal como lo había prometido, ordenó a la tropa del cuarto turno permanecer en el cuartel.⁸⁰ Estas medidas resultan contradictorias, toda vez que cumplen con lo planeado con los conspiradores, pero también dan cuenta de que el capitán informó a las ciudades donde el levantamiento podía tener efecto: Vallenar –por los comunistas– y Chañaral –por la concentración obrera–. Tales incongruencias fueron explicadas por Villouta como el resultado de su participación como espía, a fin de estar preparados si se decidían a efectuar la asonada, pero infundiendo confianza entre los complotadores. En verdad, pareciera que Villouta apostó a dos cartas a la vez: mantener aparentemente su fidelidad a las autoridades locales en caso de fallar el motín, e involucrarse en el complot y en el próximo gobierno, de resultar. Ambas eran útiles a sus intereses, pues Villouta parece haber sido alessandrista. En efecto, en 1924 al mando de un escuadrón de Carabineros intentó tomarse la Moneda para derrocar a la Junta Militar que había determinado la renuncia del entonces presidente Alessandri. Asimismo, era un declarado antiibañista, cuestión que era “de dominio público”.⁸¹ En esa óptica, la participación de Villouta en el complot fue clave para inducir a los asaltantes a realizarlo.

Como a las dos de la madrugada de esa Navidad comenzaron a escucharse disparos. Tal y como lo habían planeado, un grupo aproximado de 20 trabajadores se dirigió sigilosamente al cuartel Esmeralda acompañados del soldado Tránsito Quevedo, quien descerrajó las puertas, enfrentándose al soldado Báez, iniciándose el ataque para tomarse el cuerpo de guardia, dirigidos por Arturo Carmona. Una vez tomado éste, Quevedo entregó y enseñó el manejo de las armas a sus compañeros. Mientras, el segundo pelotón se encaminó a la parte posterior del edificio, a la cabeza de Gaviño Peña.⁸² En ese momento, el subteniente Campbell entró al cuartel al darse cuenta del ataque y “formó un Consejo de Guerra con un sargento y organizaron la defensa”, tomando un rifle y, junto con tres centinelas ubicados en distintos puntos del edificio, comenzaron a disparar a los asaltantes, logrando controlar el ataque. En esos mismos momentos, otros oficiales defendían el cuartel desde “detrás de las puertas de sus cuadras”, al tiempo que el segundo pelotón amotinado que entraba por la parte posterior se retiró del lugar al observar que, contrariamente a lo asegurado por Villouta y Quevedo, había resistencia en el batallón. Los combatientes trataron de llegar a la sala de armas, que era su segundo objetivo, pero desde un edificio cercano a ella, el subteniente Campbell “mantuvo un nutrido fuego de fusilería, haciendo una cortina

⁸⁰ AFV, vol. 916, doc. núm. 1006, 25/12/1931; s, Valparaíso, 28/01/1932.

⁸¹ ET, VALLENAR, 24/01/1932; s, Valparaíso, 28/01/1932.

⁸² EH, Vallenar, 16/01/1932.

de balas para impedir que los atacantes avanzaran. Todo esto sucedía en la mayor oscuridad".⁸³ La lucha duró hasta las cinco de la madrugada.

La defensa estuvo en manos de unos pocos oficiales y soldados del mismo cuartel, pues la mayoría de la oficialidad estaba licenciada esa noche, a pesar de las advertencias del intendente al capitán de Ejército Eduardo Flores Bazán. A su vez, Carabineros tampoco acudió en ayuda del batallón, pues al oír los disparos, Villouta decidió tomar el control de la Comisaría, ordenando levantar trincheras en la puerta y distribuyendo municiones al personal. Según Villouta, la decisión de atrincherarse en el cuartel de la Comisaría y no ir en ayuda del batallón se debió a la escasez de armas con que contaban y a la sospecha de que el objetivo de los asaltantes era obligar a los carabineros a salir, debilitando la defensa.⁸⁴ Según la opinión del fiscal, el atrincheramiento de Villouta fue parte de su complicidad con los amotinados. Cerca de las 2:30 de la madrugada, llegaron al cuartel de Carabineros varios oficiales y soldados del Esmeralda que estaban francos, a solicitar armas. Villouta se las negó. Según su versión, su intención fue complacerlos, pero no contaba con suficiente armamento, de modo que ordenó a un reservista que fuera a buscar armas a dos clubes de tiro de la localidad, misión que fue cumplida exitosamente y los oficiales y soldados del batallón habrían sido armados. Según los afectados, Villouta no sólo les negó las armas, sino que les impidió salir. Según otras versiones, incluyendo la primera declaración de Villouta, él les negó las armas porque los demandantes estaban, según su impresión, "en estado inconveniente", vale decir borrachos, aseveración que luego fue ratificada por el teniente de carabineros, Salvador Sanhueza.⁸⁵

Al momento de iniciarse los disparos, el secretario de la Intendencia fue a buscar a Igualt a su domicilio y juntos se dirigieron a la casa del comandante Flores Bazán, quien estaba ignorante de lo que ocurría, negándose a acudir al batallón e insistiendo en ir con Igualt a carabineros. Al llegar a la Comisaría, Igualt habría pedido a Flores Bazán que fuera al cuartel a dirigir la defensa, a lo cual éste se habría resistido, por lo cual habría enviado a dos carabineros a averiguar el estado de la situación. Como a las tres de la madrugada llegaron las primeras noticias del cuartel atacado, en las cuales el subteniente Campbell pedía el envío de refuerzos. Luego de tener certeza de que la situación estaba estacionaria, Villouta esperó hasta cerca de las cinco de la madrugada y ordenó la salida de diez carabineros al mando del teniente Sanhueza para liquidar el asalto, en compañía del comandante Eduardo Flores Bazán. La tropa de carabineros entró por el interior de las casas de la manzana que estaba frente al batallón; de allí se hicieron tres descargas y se dispararon algunos tiros, avanzándose hacia la puerta principal del cuartel, sin encontrar resistencia.⁸⁶

⁸³ Quijada, ob. cit., p. 5; s, Valparaíso, 07/01/1932; AMI, Prov., vol. 8146.

⁸⁴ AFV, vol. 916, Oficio de Villouta al prefecto Meriño, 25/12/1931.

⁸⁵ AFV, vol. 916, Oficio del capitán Villouta al prefecto Meriño, 25/12/1932; *Hoy (H)*, Santiago, 22/01/1932.

⁸⁶ AFV, vol. 916, Oficio de Villouta al prefecto Meriño, 25/12/1931; Carta de Igualt al ministro del Interior, Marcial Mora, 28/12/1931.

Una vez retomado el cuartel, se detuvo en su interior a Manuel Meneses y al soldado Tránsito Quevedo. El sargento 2º Pedro Meneses y el médico Osvaldo Quijada fueron detenidos al mediodía como directores del asalto. Como resultado del ataque resultaron muertos tres soldados del batallón, siete trabajadores y dos mujeres que pasaban por el lugar.⁸⁷

De lo descrito, la impresión es que efectivamente el capitán Villouta fue en gran parte responsable del asalto, de los muertos en él y de la masacre que se desataría pocas horas más tarde en Vallenar. Si las autoridades gubernamentales, policiales y militares de la región estaban en antecedentes de lo que ocurriría esa Navidad, lo lógico era que hubiesen tratado de evitar su realización. La explicación del intendente Igualt, que ignoraban exactamente cuándo y dónde sería el asalto, no es satisfactoria, desde el momento en que ya sabía del complot a mediados de diciembre, tiempo suficiente para advertir a los posibles conspiradores, tal como se hizo durante la sublevación de la marinería. Como se recordará, en esa oportunidad, en prevención de posibles amotinamientos en la zona, se advirtió a todos los dirigentes comunistas que se los haría responsables de cualquier alteración del orden público sin que mediara ninguna acción concreta de parte de éstos. De ese modo, es inadmisibles que estando en conocimiento de que se preparaba una asonada no se tomaran iguales medidas. Esto nos lleva a pensar que así como hubo una conspiración, ella se llevó a cabo porque hubo una incitación proveniente de las autoridades para tener un pretexto para reprimir a la oposición política de la región. Luego de ocurrido el asalto se inició una verdadera redada de alessandristas y comunistas en Copiapó. A Cincinato Padilla y Enrique Vallejos Alcaíno, por ejemplo, se los calificó de “cesantes, se encuentran detenidos por haberseles comprobado que durante las horas que duró el asalto, estuvieron sobre el techo de sus casas haciendo señales hacia la calle, presumiéndose que dichas señas tengan relación con los hechos desarrollados”. En realidad, eran militantes demócratas, alessandristas. En otros casos, como el de Marcos Espinoza Reyes, “por no haber dado explicaciones satisfactorias respecto del sitio donde se encontraba el día del asalto, siendo éste un individuo cesante y sin domicilio conocido”.⁸⁸ Es decir, aquel identificable como alessandrista o pro comunista por ser cesante fue objeto inmediato de represión, declarado culpable sin más.

Otro aspecto oscuro del asalto al cuartel, y que permitió la represión, tiene relación con la extraña actitud del comandante del batallón, capitán Flores Bazán. En la documentación encontrada no hay explicación alguna para que el capitán hubiera dejado el cuartel casi descubierto. En cambio, durante el juicio reconoció haber estado en antecedentes de la conspiración, por habérselo informado Villouta, desde el día 19 de diciembre.⁸⁹ Según la impresión de Igualt, intentando defender a Villouta, la irresponsabilidad de Flores Bazán se debió a su tendencia ibañista. A su juicio, el coman-

⁸⁷ Quijada, ob. cit., p. 2; AFV, vol. 916, Oficio del capitán Villouta al prefecto Meriño, 25/12/1931.

⁸⁸ AMI, Providencias, vol. 8146; doc. 31/12/1931.

⁸⁹ LC, Santiago, 20/01/1932.

dante del batallón esperaba que el motín alcanzara tales proporciones que obligara a los militares a intervenir, reimponiendo un régimen de fuerza que detuviera el caos civilista.⁹⁰ Esta interpretación podría ser cierta en alguna medida, pues durante el Consejo de Guerra la rivalidad entre el Ejército y los carabineros fue evidente, produciéndose varios altercados y acusaciones, en especial de parte de los carabineros a los soldados. Las sanciones aplicadas por el Consejo de Guerra militar, sin embargo, recayeron en los carabineros. Cualquiera haya sido el fondo de este oscuro asunto, casi imposible de dilucidar, lo importante en relación al asalto es que tales rivalidades impidieron la detención del ataque antes que se produjera y facilitaron el camino a la represión. En otras palabras, el ataque servía a los propósitos políticos de un amplio abanico. El gobierno, posiblemente en uno de los pocos intentos de no seguir enjenándose del respeto militar, dejó que las penas recayeran en su fuerza de confianza, los carabineros. Villouta fue encontrado culpable de complicidad con los sediciosos, comprobada con su orden de acuartelamiento de la tropa y la demora en la ayuda al cuartel. Fue condenado a diez años de extrañamiento.

Mientras en Copiapó lentamente volvía la calma, en Vallenar la inquietud recién comenzaba.

V. LA MASACRE: LA PASCUA DE VALLENAR

Estando en conocimiento de que se preparaba un movimiento sedicioso que estallaría esa noche y se extendería hasta el 1^º de enero, la tarde del 24 de diciembre el intendente de Atacama envió un criptograma al gobernador de Huasco, Anfbal Las Casas, en el cual le daba cuenta de los rumores que circulaban y le ordenaba tomar las precauciones pertinentes. A partir de ese momento se ordenó a los carabineros andar en parejas, extremar la vigilancia en la ciudad “poniendo en pie de guerra todo el escaso personal” y se avisó a la guardia cívica para que estuviera lista al primer llamado. Alrededor de las cuatro de la madrugada, el telégrafo comunicó el asalto al cuartel Esmeralda en Copiapó. Una hora más tarde, Las Casas envió un telegrama al ministro del Interior solicitándole refuerzos, cien rifles y municiones.⁹¹

Los sucesos de Copiapó fueron el argumento que Las Casas, el capitán Bull y la guardia cívica habían estado esperando durante meses para frenar el avance del comunismo en Vallenar, reprimiéndolo por la fuerza. Así como tiempo antes Las Casas había afirmado que hasta entonces no había podido detener a los comunistas porque sus comicios estaban dentro de la ley, el motín les ofreció la excusa para “impedir” que hechos similares ocurrieran en Vallenar. A partir de la madrugada de esa

⁹⁰ AFV, vol. 916, Carta de Igualt al ministro Mora, fs. 275-276.

⁹¹ AFV, vol. 916, doc. núm. 2552, Las Casas al ministro del Interior, 30/12/1931.

Pascua, el destino de los comunistas, y de cualquiera que pareciera subversivo, quedó sellado.

Como vimos, desde hacía bastante tiempo el gobernador había estado recibiendo presiones para reprimir con más fuerza las actividades comunistas, esto es, “ordenar una matanza general de los concurrentes (a los comicios comunistas), porque ha de saber Ud. que mucha gente [...] llegó hasta mi oficina con esas absurdas pretensiones”. El carácter absurdo que el gobernador huasquino atribuía a esas solicitudes sólo estaba sostenido en la imposibilidad de justificar una represión sangrienta en función de reuniones públicas. No así en el caso del ataque al cuartel en Copiapó: “A quien me lo quiso oír, yo le dije [...] que la fuerza pública de Vallenar cumpliría con su deber si llegaba el momento de la acción”.⁹² Aunque en Vallenar no hubo ninguna actividad concreta similar a la de Copiapó que pudiera calificarse como “el momento de la acción”, las autoridades locales decidieron suponer que los asaltantes que habían logrado huir del lugar del suceso se dirigían a Vallenar: “en vista de su éxito en Copiapó, lo lógico era esperar que llegaran a Vallenar”.⁹³ Según el informe que el capitán Bull envió a la gobernación departamental —con varios datos falsos—, el día 25 en la mañana le informaron de Copiapó la sospecha —infundada— de que los asaltantes escapados huían en un camión en dirección a Vallenar. Sin embargo, en los telegramas intercambiados ese mismo día entre el ministro del Interior y el intendente de Atacama, la autoridad atacameña dijo a su superior que no se trataba de las mismas personas: “Ministro: Dígame si comunistas parapetados en Vallenar son los mismos que huyeron en camiones y caso contrario si éstos fueron ya aprehendidos”. La respuesta de Atacama fue: “Los comunistas de Vallenar no son los que huyeron de Copiapó, éstos no han sido aprehendidos”.⁹⁴

Como se observa, las autoridades vallerinas tenían muy claro que los comunistas locales, al menos la mayoría y sus simpatizantes, no habían estado en Copiapó. La visita que les harían horas más tarde se justificaba en la información que poseían tras meses de estrecha vigilancia y no se debió a acciones subversivas. Esta decisión de usar los sucesos de Copiapó como excusa se refuerza si se considera que los escapados del cuartel esa noche no huyeron en camión ni hacia Vallenar, sino a pie y en dirección al desierto; y fueron encontrados en Tinogasta, Argentina, poco después. De los 16 que escaparon, sólo nueve lograron salvarse. Más aún, desde el momento mismo de saberse del asalto, los guardias cívicos se acuartelaron en el edificio de carabineros de la ciudad, estando algunos armados con revólveres y pistolas de propiedad policial. La demanda de refuerzos y, sobre todo, de armamento del gobernador Las Casas al ministro del Interior, se debía en parte a la

⁹² *Ibíd.*, pp. 103-104.

⁹³ *Ibíd.*, Las Casas al ministro del Interior, 30/12/1931. (El énfasis es nuestro.)

⁹⁴ AFV, vol. 916, Telegramas, f. 23. Según Bull, el criptograma recibido el día 24 lo enviaba el prefecto Meriño. Esto es sorprendente, pues para el día del asalto no estaba en Copiapó. Su ausencia es la razón jerárquica de por qué actuó Villouta.

exigencia de los cívicos: “guardia cívica impaciente pedíame armas para el ataque o la defensa”. Una tercera prueba de que Las Casas, Bull y los cívicos no esperaron que se produjera algún estallido fue el hecho de que esa misma madrugada del 25, a las 5:30 hs, uno de los pocos comunistas vallerinos que sí habían participado en el asalto, Aníbal Cuadra, llegó a esta ciudad en el tren y fue asesinado en el momento que descendía de él.⁹⁵

La represión empezó en seguida esa mañana de 25. De acuerdo con esa supuesta huida en camión de los asaltantes, el capitán Bull ordenó al brigadier Rafael Huerta que saliera con seis hombres “a fin de cortarle el paso al aludido camión”. Huerta recorrió parte del camino a Copiapó sin encontrar a nadie, de modo que al regreso ya cerca de Vallenar “no quiso llegar con las manos vacías y procedió a detener a siete obreros que trabajaban en unos potreros a la orilla del camino”.⁹⁶ Según la versión de Bull, Huerta había divisado en un cerro a un grupo de “individuos que trataban de esconderse”, los cuales fueron contabilizados en el número de siete, y ordenó a los hombres que le acompañaban que fueran en su búsqueda. Éstos, según el parte oficial, les habrían “arrojado cinco bombas de mano”, razón por la cual el brigadier Huerta habría ordenado disparar sobre ellos durante diez minutos, al cabo de los cuales habrían resultado muertos. Al acercarse a los cadáveres “pudimos reconocer en ellos a los comunistas más fanáticos tales como: Heriberto Zavala, Oscar Paredes, Carlos Santander y cuatro más que más tarde se supo que eran José Muñoz Vergara, Juan Varela Rivera, Ramón Morales Flores y Pedro Valderrama Silva”.⁹⁷ Si se observan los nombres informados por Bull, se comprueba la presencia de tres miembros del Partido Comunista de Vallenar, identificados y vigilados desde principios de agosto: Zavala, Paredes y Santander. Más todavía, Paredes no sólo no fue encontrado en el camino, sino que murió en las calles de Vallenar, tal como se sabría poco después: “Al comunista Paredes lo pescaron en la calle y le dieron de culetazos”.⁹⁸ La certeza de que los detenidos en el camino no eran asaltantes ni menos comunistas se refuerza cuando el propio director general de Carabineros, Manuel Concha Pedregal, desmintió el uso del camión por parte de aquéllos, debilitando la defensa de Bull. Las siete personas que recogieron eran, posiblemente, parte de los trabajadores que pocos días antes habían sido distribuidos en el departamento por la gobernación de Huasco para realizar obras públicas y, así, aminorar la cesantía.⁹⁹ Durante el regreso a Vallenar, el brigadier Huerta se encontró con el creador de la guardia cívica de la ciudad, el dentista Misael Carmona, quien lo incitó a matar inmediatamente a los detenidos: “el dentista Carmona [...] le indicó que ‘fusilara allí mismo a esos ca-

⁹⁵ AFV, vol. 916, Las Casas al ministro del Interior, f. 5; LC, Santiago, 06/01/1932; “Informe del fiscal Santa Cruz”, en G. Palacios, ob. cit., p. 121.

⁹⁶ Quijada, ob. cit., p. 8.

⁹⁷ AFV, vol. 916, Informe del capitán Bull a la Gobernación Departamental, 28/12/1931; AMI, Prov., vol. 8146, 31/12/1931.

⁹⁸ EH, Vallenar, 06/01/1932; Carta de Zacarías Rojas, LU, Valparaíso, 28/12/1931.

⁹⁹ AMI, Prov., vol. 8146, doc. 31/12/1931; EH, Vallenar, 16/12/1931.

nallas””. Huerta se negó, alegando su responsabilidad, y junto con Carmona trasladó a esos hombres al cuartel de carabineros.¹⁰⁰

Simultáneamente, cerca del mediodía, comenzaba a fraguarse el asesinato de un grupo de obreros y comunistas vallerinos que se encontraban en una casa particular. De acuerdo con la versión de Las Casas, “cerca de las 12 horas” el capitán Bull le comunicó haber ubicado el local en que se parapetaban los comunistas armados y que se procedería a allanarlo. En el informe de Bull, eran las 14 hs. Como fuere, Bull envió un grupo de diez hombres a la supuesta guarida comunista, la casa de Pedro Seura. En ese lugar estaban reunidos un grupo de obreros, entre ellos algunos comunistas que, según la versión demócrata, se habían juntado a celebrar las fiestas. De pronto llegaron los carabineros y les inquirieron “qué hacían tantos reunidos”, ordenándoles levantar los brazos. De acuerdo con el informe de Bull, los comunistas al divisar a los carabineros les hicieron “una nutrida descarga hiriendo a tres de ellos”. El “combate”, que habría durado seis horas y media, entre las 14:30 y 21 hs, había contado con la ayuda de la guardia cívica.¹⁰¹ Para justificar dichas muertes era necesario inventar un motín concreto como el ocurrido en Copiapó: que los comunistas preparaban una asonada y los habían atacado.

En relación con ese “combate” en la casa asaltada, durante el juicio se estableció que los obreros no atacaron a la fuerza pública como afirmó Bull, sino que “los que dispararon primero fueron los carabineros en casa de Seura”.¹⁰² Es decir, no hubo provocación. Como efecto de los disparos hechos por la policía murió uno de los que estaban en la casa, mientras el resto comenzó a contestar el ataque, en el que murió un carabinero. Luego de esto, los carabineros se retiraron del lugar y volvieron ya reforzados con los guardias cívicos; rodearon la casa iniciando “un fuerte tiroteo”. Mientras, los “hijos de Vallenar” se dividían en tres grupos para asaltar la casa: un pelotón de nueve hombres atacaría por el lado del río, un segundo por la retaguardia y un tercero por el frente. Dos cívicos se apostaron en los techos de la casa “que se encuentra a veinte pasos del reducto comunista, estaban encargados de lanzar bombas de dinamita para hacer volar las murallas”, después de lo cual entraron a la casa.¹⁰³ En este “enfrentamiento” murieron cuatro de los ocho moradores, y los otros trabajadores, al no poder seguir resistiendo, escaparon del lugar. Seura fue encontrado catorce días más tarde a 70 km de Vallenar, cerca de Alto del Carmen. Al parecer el sitio de la casa de Seura no duró mucho tiempo, unas tres horas.¹⁰⁴

El ataque policíaco-civil a la casa de Pedro Seura fue abordado como si se tratara de una posición enemiga, a la cual había que aplastar sin contemplaciones, “como quien ordena el sitio y toma de una fortaleza, a fin de que no se escapara ninguno de

¹⁰⁰ Quijada, ob. cit., p. 8.

¹⁰¹ La versión de Bull en AFV, vol. 916, doc. 28/12/1931.

¹⁰² Declaración de la testigo Filomena Zúñiga, LC, Santiago, 22/01/1932.

¹⁰³ S, Valparaíso, diciembre de 1931.

¹⁰⁴ EH, Vallenar, 09/01/1932.

los obreros que allí habían reunidos”.¹⁰⁵ Las acusaciones oficiales de que los moradores de la casa de Seura estaban pertrechados de bombas, fusiles y todo tipo de armas fue el argumento para poder justificar el uso de dinamita y, en el fondo, de la desproporcionada violencia ejercida.¹⁰⁶ Evidentemente, los supuestos subversivos no contaban con ese tipo de armas, de lo contrario las habrían usado y habrían muerto más de los dos carabineros que fallecieron en la refriega. La idea de usar dinamita parece haber estado presente desde temprano. Cuando Las Casas le comunicó al intendente Igualt la decisión de volar la casa –aparentemente a las 17:30 hs– con la excusa de que los “atrincherados” no se rendían, éste le indicó que “era conveniente liquidar situación allí antes sobrevenga noche”, en circunstancias que aún no se informaba al ministro Mora. Más aún, cuando Igualt se lo comunicó, cerca de las seis, el ministro no fue partidario y recomendó: “Medida volar con dinamita recinto en que están atrincherados comunistas pareceme excesivamente inhumana. Recomiende gobernador Vallenar recurra a todo otro medio [...] Amenaza de volar o quemar edificio estimo bastaría para que se rindieran”.¹⁰⁷ Según el abogado defensor, esta recomendación no le fue transmitida a Las Casas, vale decir, Igualt optó porque su gobernador mantuviera la acción ya definida. Cuando se volvieron a comunicar con el ministro del Interior –las 20 hs– fue para seguir justificando el uso de la dinamita, diciéndole que los habitantes de la guarida comunista estaban lanzando bombas, que gente armada bajaba al pueblo, entre otras “noticias”. Siguieron transmitiéndole al ministro imágenes aterradoras del peligro que corría la ciudad frente a una verdadera avanzada comunista, de modo que a las 22 hs el ministro los apoyó en la toma de medidas más extremas: “En cuanto situación Vallenar, necesito quede liquidada antes doce noche hoy, aunque sea necesario tomar más extremas medidas, Carabineros muertos y actitud bandolerismo los atrincherados colocándolos fuera de la ley”. Igualt transmitió inmediatamente esta orden a Las Casas.¹⁰⁸

Cuando obtuvieron la venia oficial para aplicar la dinamita, a las 22:10 de ese 25 de diciembre, en la casa de Seura ya no había nadie hacía horas. El propósito perseguido por Las Casas e Igualt al hacer creer al ministro que la lucha continuaba era obtener la orden oficial, de puño y letra del ministro, de finiquitar el asunto a como diera lugar para poder explicar el número de muertos. Como ya hemos dicho, en la casa de Seura murieron cuatro personas, pero la primera cifra oficial de muertos, al día siguiente, fue de 20. La única manera de justificar esas vidas era “probando” que

¹⁰⁵ Senador Manuel Hidalgo, *Boletín de Sesiones del Senado*, 13/04/1932.

¹⁰⁶ El diputado Sepúlveda Leal emplazaba al gobierno por la “farsa” oficial acerca de los sucesos de Vallenar: “Según los informes oficiales los obreros tenían bombas... tenían fusiles... dinamitas... pero deben haberse tragado todos esos elementos de combate, porque la tropa que tenía que sacarlos y desalojarlos de sus atrincheramientos, no tuvo ninguna baja en esos asaltos”. *Boletín de la Cámara de Diputados*, 28/01/1932. La información del diputado en cuanto a la ausencia de bajas no se corresponde con la realidad.

¹⁰⁷ AFV, vol. 916, Cuaderno de documentos pertenecientes al “Acta del Consejo de Guerra de Copiapó”, 1932, fs. 32-33 y 149, 151-152.

¹⁰⁸ AFV, vol. 916, f. 152, Telegramas intercambiados entre el intendente Igualt y el ministro Mora.

los comunistas no se habían contentado con su política de propaganda y agitación, sino que efectivamente habían intentado un acto contra el gobierno tal cual Las Casas lo venía anunciando hacía meses.

Si la mayoría de los muertos no cayó en la refriega, ¿cómo y dónde murieron? Los muertos en el asalto a la casa, según el capitán Bull, eran: Erasmo Álvarez, Bonifacio Castro, Liborio Márquez, Alcibíades Valdivia, Eliseo Ardiles, Manuel Álvarez, José Farías, José Pérez, Marcos Gallardo y cuatro desconocidos. De esta lista, Bonifacio Castro y José Farías eran identificados como comunistas desde hacía meses y estaban vigilados por la policía vallerina. En el caso del primero, no murió en la residencia de Seura, sino que fue apresado en su casa y de allí llevado al cuartel: “Bonifacio Castro, de oficio carpintero, que estaba haciendo cajones en su casa, fue fusilado”. Respecto del resto, Marcos Gallardo era un chofer de camiones que el día anterior había llegado a Vallenar trayendo una carga. Estaba durmiendo en su casa cuando fueron a buscarlo los carabineros en la noche “para que fuera al cuartel a dar una declaración y fue fusilado”.¹⁰⁹ En otras palabras, los nombres dados por Bull no coinciden con el lugar y la forma en que murieron. Esto sólo viene a reforzar la hipótesis de que los carabineros y los cívicos participantes en la masacre sólo tenían en claro las víctimas que debían estar en esa lista, es decir, los previamente seleccionados como objetos de la represión, como por ejemplo los comunistas reconocidos, sus simpatizantes o algunos cesantes. Y ésa era una tarea que se venía realizando desde el mes de julio.

Desde que se supo del asalto del cuartel en Copiapó comenzó una verdadera redada de supuestos comunistas. Esto, que ocurrió en todo el país, sólo en Vallenar tenía como objetivo matar a los detenidos. En efecto, “en la tarde, todos ellos (Bull, los carabineros y los cívicos) se habían dedicado a seleccionar las víctimas, y las habían estado sacando de sus domicilios respectivos, conduciéndolas al cuartel de los carabineros”.¹¹⁰ Una vez llena la cárcel de presos, entre las dos y las cuatro de la madrugada de ese día 26, comenzaron a sacarlos por la puerta trasera del cuartel para llevarlos a las afueras del pueblo, lugar donde cada uno de ellos fue fusilado. Según el informe emitido por el fiscal a cargo de la investigación de los sucesos de Vallenar, “se les fusiló uno a uno en las inmediaciones de la ciudad, haciéndoseles más tarde aparecer como caídos en el sitio del combate [...] Todos los cadáveres fueron llevados a la morgue y de ahí al cementerio, sin practicárseles autopsia, identificación y sin permitirse que fueran visitados por sus deudos”.¹¹¹ La participación de la guardia cívica en estos hechos parece innegable. De acuerdo con la narración de Quijada, el cívico Jorge Fuenzalida no escuchó las súplicas de uno de los trabajadores a punto de ser asesinado: “le contestó con un puntapiés en la cara,

¹⁰⁹ Zacarías Rojas al senador Aquiles Concha, *EH*, Vallenar, 06/01/1932; *ET*, Vallenar, 27/12/1931.

¹¹⁰ Carta del abogado defensor al ministro del Interior, en *AFV*, vol. 916, f. 150; *J*, Antofagasta, 13/02/1931.

¹¹¹ *H*, Santiago, 04/03/1932.

derribándolo y diciéndole que no reconocía comunistas”. La presencia de Fuenzalida fue refrendada por el propio capitán Bull, quien en su informe consignó a los tres cívicos más destacados en los sucesos del día anterior: Jorge Fuenzalida, Horacio Adriaola y Rafael Araya, todos ellos sostenedores de la “Olla del Cesante” de Vallenar.¹¹²

¿Cuántos fueron los muertos por los sucesos de Copiapó y Vallenar? Las primeras cifras dadas por el propio Las Casas hablaban de 20, pero ese día 26 la morgue en realidad contenía 22. La nómina entregada por Quijada fue de 33. Ya en enero se hablaba de 42 muertos; la estimación de testigos es de 68. Los comunistas creen que 100.¹¹³

Esta masacre fue responsabilidad de las autoridades regionales de Atacama, tanto de Iquique como de Las Casas, Bull y la guardia cívica de la ciudad. Esto, sin embargo, no exime completamente de su cuota al gobierno nacional. Si bien el abogado defensor intentó demostrar que el ministro Mora fue engañado y en función de informaciones distorsionadas y falsas autorizó el uso de la dinamita, ni él ni su sucesor hicieron sumarios a los responsables o intentaron averiguar formalmente lo ocurrido. Tan así es que el senador Aquiles Concha reclamó la falta de nombramiento de un ministro en Visita para que investigara acuciosamente los hechos. En sus manos estaba una fotografía probatoria de los fusilamientos. Pero no sólo no se nombró un ministro en Visita: en los primeros dictámenes del fiscal Labbé en el Consejo de Guerra de Copiapó, el caso por los muertos de Vallenar y por los civiles del Batallón Esmeralda fue sobreseído. Más aún, Iquique fue nombrado intendente de Bío-Bío y Las Casas permaneció en su puesto de gobernador en Vallenar, luego que la Intendencia de Coquimbo no le fue asignada. Más tarde fue nombrado intendente de Concepción, donde murió. Sobre los sucesos de Vallenar empezó a caer un manto de olvido.

El sumario que se realizó buscaba fundamentalmente aclarar el asalto al cuartel Esmeralda en Copiapó y delimitar la responsabilidad que les cabía en él a Carabineros y oficialidad del batallón. Fue un juicio militar. En ese sentido, la presencia de civiles y militares en un motín con objetivos contrarios al orden vigente activó las Leyes de Defensa del Estado dictadas en 1924 y 1931, que traspasaban el juzgamiento de estos delitos a los tribunales militares. A los oficiales que presidieron el Consejo de Guerra parece haberles importado sobremanera liberar al Ejército, en este caso al personal del Batallón Esmeralda, de responsabilidad alguna, más que hacer justicia. Como se explicó anteriormente, la situación del comandante Flores Bazán no fue estudiada y se exacerbó lo relativo a la participación de Villouta. En otras palabras, no hubo voluntad ni interés en averiguar qué ocurrió en Vallenar, ni menos en establecer penas a los responsables. Lo que logró saberse fue porque los

¹¹² Quijada, ob. cit., p. 10; AFV, vol. 916, Informe del capitán Bull a la gobernación departamental, 28/12/1931.

¹¹³ AFV, Abogado defensor a Marcial Mora, f. 150; Quijada, ob. cit., p. 2; H, Santiago, 22/01/1932.

abogados defensores vieron documentación privada y detectaron anomalías, que le permitieron al fiscal Santa Cruz establecer la masacre.

Las penas aplicadas una vez descubiertos los hechos fueron en apariencia drásticas: como se dijo antes, el capitán Villouta fue condenado a diez años; el capitán Francisco Bull a 5 años y un día por cada asesinato y los brigadieres Huerta y Morales, a tres años y un día por cada masacrado. Al contrario, los supuestos subversivos que sobrevivieron fueron absueltos de toda posible vinculación con algún complot en Vallenar. Sin embargo, los condenados a presidio pronto fueron liberados: Bull fue eliminado del servicio y siguió viviendo tranquilamente de su pensión; el brigadier Rafael Huerta volvió al servicio durante el año 1932 a Copiapó y Luis Morales se reincorporó a la institución en Santiago. A Villouta la Corte Marcial le conmutó la pena de extrañamiento y presidio por la separación del servicio. Pocos meses más tarde, dos decretos promulgados durante la dictadura de Carlos Dávila, julio-septiembre de 1932, amnistiaron a los "ex" carabineros y personal de Investigaciones por su participación en los acontecimientos de Copiapó y Vallenar. Apoyándose en tal normativa, Villouta se reincorporó a la entidad policial en Concepción.¹¹⁴

La Pascua Trágica de Copiapó y Vallenar fue la culminación de una guerra soterrada entre la oligarquía y su intento de reimponer su hegemonía, y la resistencia de una sociedad que había cambiado y no estaba aún dispuesta a reconocer ese orden y subordinarse. La magnitud poblacional y el carácter de centro político hacían que en Santiago este desafío fuera menos controlable; en Copiapó y Vallenar, en cambio, su aislamiento permitió a las elites locales enfrentar con más coherencia las sentidas amenazas. Las particularidades que mostraba la situación socioeconómica de la zona hicieron posible una mejor llegada del comunismo y, por lo mismo, una mayor disposición contraria a detenerlo a como diera lugar. El respaldo a Carabineros que prevalecía en esos meses en todo el país y la decisión de imponer un determinado orden público facilitaron la represión en ese frustrado asalto al Batallón Esmeralda en Copiapó y la masacre de los días siguientes en Vallenar.

¹¹⁴ J, Antofagasta, 24/12/1932; LC, Santiago, 06/05/1932. Los decretos de amnistía, en DO, 20/07/1932 y 05/09/1932.